



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

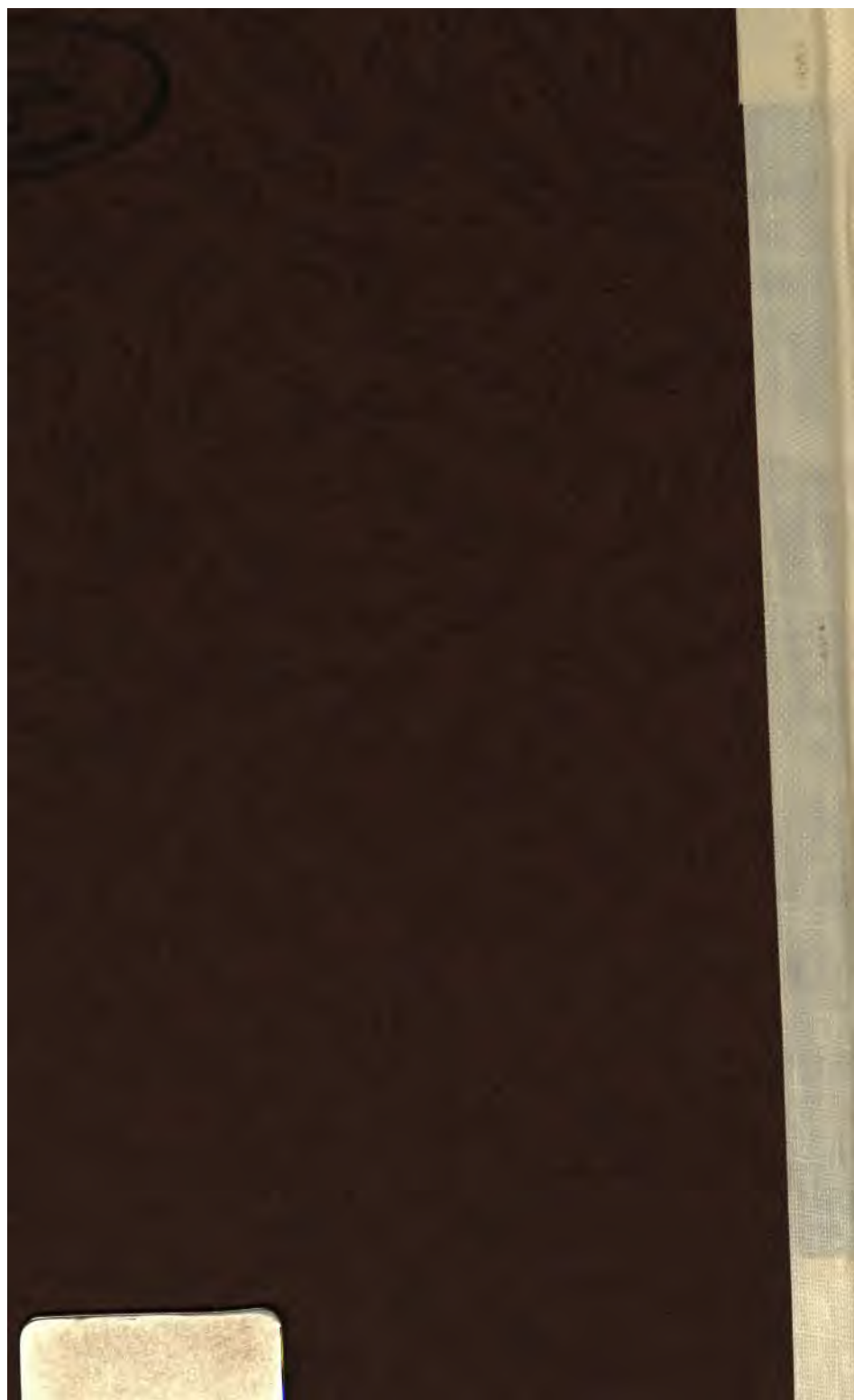
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



LAS MARIPOSAS BLANCAS

Episodios de la Expedición á Iquitos

LA VIA CENTRAL

I LAS CUESTIONES DE ORIENTE

POR

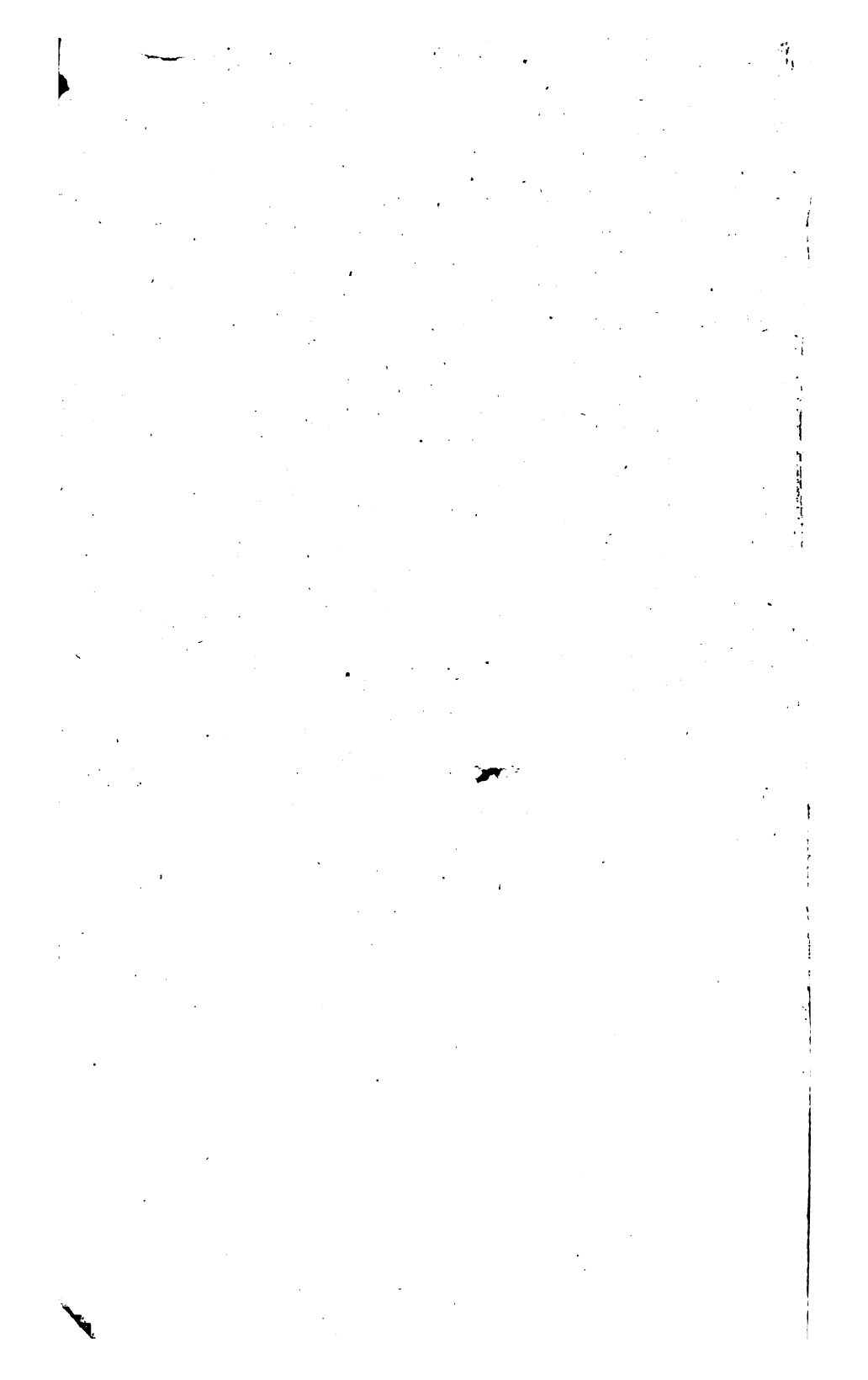
José C. Torres Lara



LIMA

IMPRENTA I LIBRERÍA DE CARLOS PRINCE
CALLE DE RODEGONES N.º 75

1898



1

27

LAS MARIPOSAS BLANCAS

EPISODIOS DE LA EXPEDICION A IQUITOS

POR

JOSÉ T. TORRES LARA



LIMA
—
IMPRENTA Y LIBRERIA DE CARLOS PRINCE
BODEGONES N° 75
—
1898



OMISIONES I ERRORES

Hemos omitido decir que la parte titulada "La Vía Central i las cuestiones de Oriente," fué en gran parte publicada el año pasado en "El Pais;" lo que hacemos constar en homenaje á ese diario.

Cuando hablemos de la *no navegación* de la parte alta del río Pichis, debe entenderse navegación á vapor, pues en canoas lo es todo él i aún gran parte del Asupizú.

Hacemos presente que usamos siempre la *i* (latina) como vocal i la *y* (griega) sólo como consonante; i la *j* en toda sílaba de sonido fuerte al principio i la *g* en los sonidos suaves; de manera que debe atribuirse á error los varios casos en que en esta publicación están usadas unas letras por otras.

En alguna parte decimos que medidas incon-sultas pueden hacer perder el afecto á nuestra bandera en Loreto: esto se refiere únicamente á los extranjeros que en esa rejión habitan á su sombra.

Las siguientes erratas alteran el sentido de lo escrito:

Paj	Línea	Dice	Léase
12	18	setico verda	setico verde
12	20	negarse	anegarse
13	39	dígase	que, dígase
14	4	más	más rara
14	8	desembocó	desembarcó
15	10	se equilibró	su equilibrio
16	27	tiene	tienen
17	IV	salvajes civilizados	salvajes i civilizados

Fáj.	Línea	Dice	Léase
20	10	ocultos	ocultas
20	22-23	parecía por esta hembra repugnan- nancia igual á la de sus amos	parecía sentir por es- ta hembra, repug- nancia igual á la de sus amos por los chunchos
22	9	hacerle	hacerles
22	30	ascendente	ascendiente
23	6	sobrepone	se sobrepone
23	29	lentiud	lentitud
23	33-34	resaltaban	resaltan
24	2	se sale	sale
30	33	lo que	la que
34	26	nueva nueva	buena nueva
35	22	jen-	jente
35	23	aragana	haragana
41	2	¡aliméntela	¡alimentadla
42	4	Gladston	Gladstone
54	últ.	inapelable	inapeable





LAS MARIPOSAS BLANCAS

Episodios de la expedición á Iquitos.



I

Una pareja de salvajes



OR UNA senda casi imperceptible entre la oscura y enmarañada selva iban un día de Agosto de 1896 diez viajeros. Tres de ellos vestían ropa de oficiales, cuatro de soldados, los otros traje civil pero qué uniformes i qué trajes! Las espigas que á veces penetraban hasta desgarrar la carne, habíanlos roto en mil de sus partes i el lodo los había puesto de su inmundo color. Cada uno de los viajeros llevaba áuestas su equipo, más el arma correspondiente los militares i un báculo en mano.

Después de haber caminado algún tiempo sin más indicios de camino que uno que otro tronco del primitivo rozo, hasta estos indicadores de la senda desaparecieron quedando los caminantes perplejos sin saber en qué dirección marchar. La exclamación de sorpresa de uno de los soldados llamó de repente su atención á otra parte: en lo alto de una lomada estaba parada una pareja de salvajes. El uno, hombre, sin más que un trozo de tela que cubría cierta parte, de hercúlea musculatura i aspecto imponente, erguido con su arco i sus voladoras flechas en la mano i uno roja pluma de huacamayo en la frente; su fisonomía varonil era afeada por el achiote conque estaba pintarrajeada, lo mismo que el cuerpo. La otra era una mujer joven i hasta hermosa, pero también descompuesta por el mismo colorete; su traje si era entero: una cushma que cubría todo el cuerpo. Tal la causa de la sorpresa de los viajeros, sorpresa bien justificada por la actitud plástica de los salvajes.


El hombre miró un momento el grupo que formaban aquéllos, i luego, palmeándose el pecho, exclamó con arrogancia: *¡Casanto!* Es decir — *¡yo soi Casanto!* i con su actitud significaba también que era el señor de ahí. Ya lo conocían por su padre, el capitán López, que el día anterior había estado en el campamento del doctor C. i hecho un obsequio de frutos en su nombre. En esta visita, á más de su familia menuda, lo había acompañado su nuera, á la que tenían ahora de frente, i á fe que los había sorprendido cómo padre i madre de Casanto trataban á la joven ¡vaya unos suegros! Durante la visita permaneció ella dándoles la espalda con la vista fija en tierra; no abandonó esa actitud cuando se sirvió el almuerzo, que se comieron íntegro los otros, i como, creyendo que no la habrían hecho participar de él por no ser bastante, se le sirviera aparte á ella sola, los suegros se echaron sobre su ración y se la enguñaron. Dedujeron los viajeros que la mujer entre los salva-

jes, no debe comer sino con su marido; i de que no abandonara su actitud cabizbaja i de espaldas vueltas, que sólo á su marido debe mirar la cara, ó, por lo menos, no vérsela á ninguno que no sea chuncho. O bien creerían que los blancos tienen algún filtro diabólico, algún misterioso imán, algún maleficio en la mirada.

Esto se presta á una digresión acerca del lazo social más amable para el hombre civilizado i hasta cierto punto libertador para la mujer. Sea que la aludida unión se cumpla bajo alguna de las fórmulas consagradas por las religiones ó por prescripciones legales, ó sea que se realice sin cumplimiento alguno, solo por *afinidades electivas*, salvo casos no muy comunes, ella es ocasión i causa de actos expansivos en la sociedad. La joven dama, la esposa, elevada por la dignidad de las obligaciones i deberes que su nuevo estado le imponen, á señora de esa asociación íntima que se llama el matrimonio, se encontrará al mismo tiempo, dueña de una libertad de que carecía cuando era hija de familia, i en el seno de ella las expansiones sociales que, á más de su felicidad íntima, compensan el voluntario yugo que se ha impuesto. I sin más limitación que la del respeto á las reglas sociales, se verá lo mismo hasta en las uniones ilegales. ¡Pero qué distinto lazo constituye el vínculo conyugal para la mujer salvaje! No conocemos ciertamente, los detalles íntimos de esa faz de su vida; pero basta ver la sumisión ominosa á que está sujeta, basta saber que su existencia naufragará en el inmediato río el día que su esposo juzgue que ha delinquido en sus deberes conyugales, para formarnos idea de su triste esclavitud.

Un sujeto que se decía bien al cabo de las costumbres de la tribu campa, refería cómo es entre ellos el matrimonio de este modo. Cuando un salvaje siente inflamado su pecho por el deseo de poseer á una doncella, se apersona donde el padre

l objeto de su pasión con un obsequio, y ésta es



la fórmula de la petición; si la solicitud es de su agrado admite el regalo i en seguida indica, al con este hecho constituido novio, un terreno donde ha de rozar i sembrar una chacra que es, propiamente hablando, el precio de la hija que cede al hombre; el cual con todo el afán de sus ardorosos deseos, se pone á la tarea, con tanta mayor actividad, cuanto que no será todavía al fin de ella que reciba el ansiado premio, pues en seguida ha de labrar la propia, aquélla en la que ha de constituir el hogar. Concluida ésta, sin más ceremonia que una orgía, entra en la deseada posesión i la mujer pasa á ser *la cosa necesaria*, nada más, del hombre que la ha elegido. En el estado social del salvaje, el que constituye el matrimonio solo se distingue del de soltera en una mayor esclavitud. Mirando nosotros de la altura de la civilización, nos imaginamos mui infeliz á esa mujer en su servidumbre; mas no lo es en realidad por cuanto carece hasta de la noción de algo más perfecto i más digno que su estado, i con relativa felicidad cumplirá su evolución animal sobre la tierra. Pero ¡ai de ella! si un día despierta su corazón á los halagos del amor; ¡ai de ella! si ese que no ha sido hasta entonces sino un órgano de su estructura animal llega á predominar, porque la dicha que la pasión le depare será, no ya efímera, funesta. I hemos dicho amor, porque sólo esa pasión indomable puede apartarla del recto camino sabiendo que la desviación conduce al abismo. Pues tan pronto como la suspicacia, difícil de burlar, de su celoso consorte haya descubierto el hecho delictuoso, el fallo de una sentencia dictada por una ley implacable é invariable, porque esa ley es la costumbre, caerá sobre ella. El ofendido esposo es por derecho natural el verdugo al mismo tiempo que su propio vengador. ¿A quién clamará la infeliz cuando el que fué su compañero la conduce á la orilla del río para hundirla en su cenagoso fondo? Nadie ¡ah! nadie osará oponerse al vengador designio, así como nadie

sería osado para abrir las puertas del presidio á los criminales que allí espían sus crímenes: el derecho más sagrado para el salvaje es el derecho á la vida de los seres que le pertenecen: mujeres, hijos, esclavos. La condenada, pues, sin amparo, sin esperanza, se dejará llevar muda de espanto á la orilla fatal; allí, su verdugo y marido, le atará una pesada piedra al cuello. Quizá, entonces, por una rehabilitación del instinto, que no por esperanza de piedad, implorará, resistirá.....; pero si los pulsos del vengador no bastan, sus amigos i parientes que presencian la ejecución, vendrán en su ayuda..... Se oirá el ruido del choque de un cuerpo con el agua i un grito de infinito horror irá repercutiéndose entre las concavidades del bosque; después..... alguuas burbujas de agua darán cuenta de los últimos alientos de esa vida i de sus últimos esfuerzos en el fondo las manchas del fango removido. Las aguas un momento agitadas volverán á su serenidad anterior, i el salvaje irá á aprestar sus más agudos dardos para flechar al seductor de su mujer i completar la vengadora obra. Si acaso éste no ha puesto de por medio distancia bastante para estar libre de la mortal asechanza, tomará á su vez medidas para prevenir esa venganza, i aquí la ocasión para una de esas pequeñas pero mortíferas guerras que suelen estallar entre los salvajes.

Hemos oído hablar de otro suplicio de más refinada crueldad todavía, para castigar el mismo crimen. Consiste en atar á la infeliz víctima á un árbol, enteramente desnuda, para que los insectos la devoren paulatinamente.

Concluiremos esta digresión diciendo que si un viso de justicia puede acompañar á esas ejecuciones, practicanse también los más inocentes sacrificios ocasionados por bárbaras supersticiones. Una peste se ha declarado en la tribu; el brujo ó curero es llamado para que dé el remedio que de esa pública calamidad: el hechicero decide

que ha: que inmolara á los hijos tiernos de alguno i el mismo padre atará la piedra que ha de hundirlos i él mismo los arrojará al suplicio. Si una anciana es la acusada de maleficio, de igual manera acabará su cansada existencia.

II

El huerto de la muerte

Al llegar al alto donde estaban los dos salvajes, uno de los soldados interrogó á Casanto por el camino; el salvaje por toda respuesta señaló hacia atrás; interrogado por el Chivis, señaló adelante. El mismo Casanto preguntó á su vez por el doctor C., i como se le contestara indicándole que estaba atrás, sin duda creyó que los seguía i se puso á guiarlos en la encubierta senda, que él conocería como los viajeros los alrededores de la Plaza de Armas de Lima.

Se había empezado á caminar bien temprano i ya era más de medio día; el calor, la fatiga i la sed, esta última más que todo, atormentaban á los viajeros. Como la ruta seguía el mismo filo de la lomada, no había esperanza de hallar agua pronto. Al llegar á un lugar que él conocería bien, se detuvo Casanto y señalando en cierta dirección pronunció la palabra *piñas*. En el acto le pidieron los sedientos viajeros que los guiara allá; él resistió dando razones que nadie entendía ni quería entender; entre las palabras de su discurso, la única que comprendieron por estar en su vocabulario, fué la palabra *muerto*. Qué discurso ni qué niño muerto, piñas había dicho i mal de su grado hubo de guiar á tres de los expedicionarios que fueron en su demanda, mientras los otros permanecían aguardándolos en el sitio. Se descolgaron aquellos por el flanco de la lomada, atravesaron la

hondura de la quebrada que estaba del todo seca, ascendieron de nuevo i se detuvo el guía significando que habían llegado. Entonces conocieron la causa de la repugnancia del salvaje para llevarlos á ese lugar: estaban en una chacra abandonada cubierta de bosque que sólo se distinguía del resto de la montaña en la menor corpulencia de los árboles; hácia cierta parte veíase cosa parecida á vestigios de una habitación; se aproximaron, i en una tarima que ya había cedido, más que á la presión de los huesos á la podredumbre causada por la humedad, vieron los restos verdosos i carcomidos de un cadáver. ¿De quién eran? ¿de algún muerto de enfermedad infecciosa, de algún apestado? ¡Quién sabe!

Hannos referido de la muerte de los salvajes, que al aproximarse sus últimos momentos, sea impío pavor, sea supersticioso respeto, se alejan los que lo rodean, quedando sólo en su agonía, sólo ante las puertas de la eternidad el moribundo, Acaso haya en ésto una alta intuición filosófica, significando que la humana ciencia, que no pasa más allá de esta vida, así como no posee remedio para la muerte, no tiene nada para edificación del moribundo, i que los lamentos de dolor de los que quedan harían más amarga su agonía i turbarían su solemnidad. A estar al informe que nos sirve para trazar estas líneas, ya nadie se aproxima más á ese cadáver; la muerte ha separado á ese sér en toda verdad de los vivos: en el lecho en el que exhaló su aliento postrero, allí donde entregó su alma al Creador, quedan sus mortales restos que, junto con su chacra cuyos frutos ya nadie ha de comer, serán destruidos i absorbidos por la naturaleza.

Un pueblo que no tuviera tumbas, que no guardara los huesos ó las cenizas de sus mayores, no tendría pasado; donde no hai historia escrita, los cementerios son los eslabones que forman la cadena de recuerdos que á su vez forman la tradición.

El referido encuentro distrajo por algunos momentos la atención de los que habían ido á buscar las piñas, á cuyo objeto volvieron luego registrando en todas direcciones hasta reunir como una docena de tan apetecida fruta, con las que regresaron sin que los chunchos quisieran probar de ella, á la que, por lo visto, atribuían algún maleficio; pero con maleficio i todo se la comieron ellos.

Después de esto se retiró Casanto comprendiendo, al ver que no se había unido el doctor durante esa detención, que no iba con ellos. La marcha entonces se hizo por demás laboriosa, pues, como se ha dicho, no había senda ni traza de ella. Al caer la tarde estaban en un riachuelo en cuya orilla, después de haberlo cruzado i repasado, se cerraba tanto el monte, que era poco menos que imposible seguir la marcha. Observando entonces que en cierta dirección se notaba mucha luz, acordaron enviar un soldado á explorar esperando los demás su vuelta en el sitio. La claridad esa no debía ser sino el río cuya ribera buscaban; pues si cuando se camina (en la montaña) por terrenos accidentados la mayor claridad, es decir, el mayor espacio de cielo visible, indica que se llega á una cima, en la llanura solo puede provenir de una extensión de terreno sin árboles, i como el cauce de los ríos se encuentra en igual caso, de aquí la inducción de que estuviera inmediato el Asupizú.

Descansaban los viajeros esperando el regreso de su explorador, cuando de pronto uno de ellos prorrumpió en un grito de cólera i de dolor, i, como si no fuera sino la repercusión de uno sólo, casi todos, á continuación, profirieron el mismo: una avispa rápida, fugaz como una exhalación, como un relámpago, de alas rojas para mejor imitar el fuego del cielo, se había precipitado de lo alto de su avispero i complacídose en hincar su sutil aguijón en el rostro de los que descansaban al pié de su árbol,

—¡El moscardón siniestro! exclamó todavía ras-cándose el teniente César.

—¡La blanca mariposa! replicó el cabo Murillo señalando á uno de esos alados que se ajitaban en el aire.

Un momento después el que había ido de descubierta daba voces llamando i al oírlas se movieron todos, para llegar pocos momentos después á la caja de un barranco de unos tres ó cuatro metros de elevación, que cerraba por la izquierda el cauce del río cuyas aguas sin corriente estaban á sus pies. Por una bajada que indicaba tráfico de jente descendieron i chimbando fueron á alojarse á la otra banda, donde encontraron más indicios de que por ahí moraban chunchos en las huellas humanas estampadas en la arena.

—Este es el Asupizú? interrogó el mayor Lorenzo al ver el reducido caudal de agua que acababa de cruzar.

—O es no más que un brazo del Asupizú ó es el Sinchihuaqui que hemos repasado, contestó el capitán Contreras.

Bien pronto la luz del crepúsculo se estinguió i la playa donde descansaban los viajeros solo quedó iluminada por la hoguera en que se cocía el único potaje de su mesa; servido el cual, cada uno acomodó su cuerpo en el amplio suelo i después de mui poca conversación sólo se oía la acompasada respiración de los que duermen sin temor.

Cuando alumbrió la primera luz del alba del día siguiente, levantaron el campamento, es decir, se pusieron en pié i en marcha. No fué larga ésta; apenas trascurría media hora cuando llegaron á la confluencia de Sinchihuaqui con el Asupizú, río el último que al llegar al punto de unión refrena el ímpetu de su corriente que se vé alborotada en un rápido algo arriba. Al paso iban contemplando los variados i pintorescos mosaicos que sobre la arena dibujaban enjambres de mariposas; predominaban las blancas que formaban albos paños rica i

caprichosamente bordados por sus compañeros las de mil matices. Al aproximarse la jente se esparcían por el aire rompiendo en multitud de pequeños i dorados trozos el rico paño, que luego se complacían en formar de nuevo más allá: imájen viva de las fantasías de la ilusión humana con sus brillantes, pero fujitivos matices, con sus frágiles alas para volar siempre más allá. Los expedicionarios creyeron ver en esas blancas aladas auspicios de buena fortuna; imaginaron que iban á realizar todas las felicidades de la zarzuela.

III

Viaje anfibio

Sin pérdida de tiempo comenzaron los aprestos para el viaje fluvial. La primera dificultad con que se tropezó fué la escasez de los árboles llamados de balsa; sólo unos pocos de éstos, que se encontraron cortados por los salvajes en una inmediata playa, lograron procurarse, teniendo que emplear en la fábrica de las embarcaciones setico verda. Este palo, á más de ésto, por lo que es en extremo pesado, es acanalado, de suerte que al negarse el vacío interior su poder flotante se limita más: sólo teniendo alguna manera de tapar herméticamente sus extremos, podía obtenerse un buen flotador.

Mientras unos se ocuparon en cortar los palos i atarlos, otros pescaron abundantemente con tiros de dinamita; después vino hasta dos veces un chuncho, el humo de cuya mansión se divisaba, trayendo mucha yuca i muchos plátanos; así mismo se lo agradecieron; i mucho más el obsequio que luego les hizo este buen José salvaje, que José dijo llamarse.

Cuando, poco después del medio día, fueron á probar sus balsas, resultaron enteramente inútiles,

pues se sumerjían hasta irse á pique con el peso que debían llevar. Fué entonces cuando José prestó el mejor de sus auxilios cediendo una balsa de su uso, cuyos palos desatados i agregados por igual á las otras les dieron la flotación indispensable,

Y llegó la hora de emprender la marcha. Sobre una tarima ó barbacoa levantada en el centro de las balsas se acomodó la carga, armas i municiones i en seguida cada cual ocupó un sitio. Aquí fueron los conflictos de Palomo, que ni á palos quería entrar en la balsa; lo de á palos no es hipérbole, pues fué necesario dárselos bien duros i amarrarlo como á un criminal. Fué el único que lloró al abandonar esa playa donde ninguna prenda quedada dejaban.

Sí, era un viaje verdaderamente anfibio; el poder flotante de las balsas no era cón todo el que correspondía al peso que llevaban, de suerte que iban entre dos aguas i casi hasta la cintura bajo de ellas sus tripulantes, quienes, por otra parte, no se cuidaban sino de que no se mojaran las armas, cama i ropa que iban levantados en el armazón central, como ya se ha dicho. Era esto de viajar en *baño de asiento* lo que no agradaba á Palomo, que, como perro que era, no comprendía que no había otra manera de salir del paso.

El segundo día de este fresco viaje estaban los tripulantes de la primera balsa esperando que llegara la otra que había quedado mui atrás, razón la misma por la que pusieron fin á la jornada en hora temprana, abordando á una isla cuya parte central estaba cubierta de vegetación; i cuando poco faltaba para que el día entregara el hemisferio á las tinieblas, apareció la rezagada pero faltaba uno de sus tripulantes! ¿Qué se había hecho?

- Se ahogó Carrasco.... por testarudo! dijo el mayor consternado.

Es que el que faltaba, así nombrado, tenía esa propiedad dígame de paso, que sólo tienen las jentes poco razonables i que es mui distinta de la firmeza

que es una virtud. Por eso suponía el mayor que, queriendo poner en práctica algún plan producido por su ofuscación, habíase ahogado; pero no había tal, sino que se proponía realizar la ocurrencia más que nunca tuviera.

— Carrasco, dijo al cabo Pachas dando cuenta de lo ocurrido, venía ríñando con el *gringo*, i por último, se desembocó diciendo que él nos seguiría por la orilla.

— ¡Pedazo de animal.....! gritó el mayor, i en ausencia del animal se puso á descárgar su cólera eléctrica, sobre el gringo. — ¡Cómo no se lo comían los tigres, cómo no lo picaban las víboras, como no se había hundido, ahogado, reventado.....! — No entendería el gringo las palabras porque ignoraba el español, pero sí las intercciones, i en extremo confundido refirió á los que poseían el inglés, que había agotado su elocuencia toda para impedir que el soldado hiciera su barbaridad i por reconciliarse con él, mas inútilmente, porque hablar en lengua que no entiende el que escucha es lo mismo que predicar en el desierto. Lo que atribulaba al pobre hombre era el temor de que lo fueran á abandonar ahí; temor del todo infundado, pues á nadie se lo ocurriera tamaña inhumanidad, aún dado el caso de que hubiera sido en realidad culpable del suceso que lamentaban.

La noche, como es de suponerse, la pasaron en la mayor zozobra i disgusto; la mente, ocupada en imaginaciones sombrías, á cerca de lo que podría ocurrir al temerario soldado, rechazaba el sueño ¡Quién sabe si á esas mismas horas era víctima i pasto de alguna fiera sanguinaria! ¡quién sabe se revolvía en medio de los tormentos causados por la mordedura de una víbora! La mejor conjetura era que, midiendo con serenidad lo temerario de su propósito, volviera sobre sus pasos uniéndose á la cuadrilla que iba abriendo el camino, regresando en seguida al campamento; mas en este caso salvador para él, ¡qué juicio harían de ellos!

Quizá si él mismo, para cohonestar su regreso, forjara algún embuste que los dañara ante el concepto de los jefes. I cuando tales pensamientos no eran bastantes para alejar el sueño, la alarma lo espantaba. A veces se escuchaba el éco lastimoso de los quejidos del perico lijero ¿no serían los del descarriado? Entónces uno tomaba un rifle i quemaba un tiro; el traquido resonaba bruscamente repetido hasta extinguirse en la distancia sin que nadie respondiera. Un árbol que, perdido se equilibró, caía, una rama desgajada, producía sonido semejante á una detonación; contestábase con otra verdadera; pero el silencio de todo ruido que no fuera el incesante de los séres animados que entonan su himno á las tinieblas, los desengañaba nuevamente de esa leve esperanza.

Cuando se aclaró el día comenzaron sus aprestos para seguir la marcha con bastante lentitud, como para dar lugar á que se acercase el rezagado. De repente el teniente César, que poseía un oído bien afinado, exclamó: ¡Un tiro! — ¿Un tiro? — Sí; no me he engañado. — Pasaron algunos minutos i entónces sí, todos percibieron, aunque lejano, el sonido de una detonación. Se contestó i sucesivamente se repitió hasta atraer á ese sitio al testarudo cuya cabeza asomó por la banda izquierda. Como agazajo, quería apalearlo el mayor, sin duda por aquello de *tras de cuernos palos*, pero se conformó con hacerlo blanco de una descarga eléctrica de bien merecidos denuestos. En seguida contó el soldado ¡ah! contó que durante esa noche lo habían asediado tigres, panteras, serpientes i otros monstruos; pero de todos había salido triunfante con su manlicher i sus oraciones á la vírjen.

Enmendado felizmente el contratiempo, se echaron de nuevo las balsas á la corriente i poco después del medio día llegaban á la confluencia del Asupizú con el Nazareteque, cuyos ríos unidos toman el nombre de Pichis.

Este es el Pichis, el legendario, el fabuloso, el más.

tico; este es el Pichis, sí, misterioso (ya no lo es tanto) si se quiere, pero real, tangible que viene allá surcando un salvaje en su canoa, por cuya superficie van ya á deslizarse las balsas de los viajeros. Este es el Pichis, sí; no llamando Pichis al primer río que encuentre en su camino (como alguien decía con más malicia que ignorancia), el doctor Capelo, sino al así nombrado por los mismos salvajes, como lo va á decir el tripulante de la canoa que allá viene.

Habían abordado los viajeros sobre el mismo ángulo de la confluencia á fin de bañar sus cuerpos en las aguas puras del Nazareteque, cuando divisaron aguas arriba de éste un objeto, como una delgada arista, que oscilaba sobre la superficie líquida: el objeto fué creciendo hasta destacarse distintamente una canoa con su único tripulante á popa. Corría velozmente impulsada por la ancha pala que hundía en el agua el salvaje i bien pronto estuvo al habla con aquéllos, á quienes encaminó la proa comprendiendo que lo llamaban. Era un indio bien conformado que se aproximaría á los cincuenta años; no entendía las palabras campos que sus interlocutores sabían i dijo ser conibo; no manifestó recelo, pero sí suma estrañeza al verlos. ¿De dónde venía? ¿á dónde iba? Estos para nosotros misteriosos ríos i por los cuales suele navegarse sin ver un solo habitante, tiene una población que se hace difícil apreciar. Parece que había ido á alguna chacra situada en el Nazareteque á procurarse víveres i semilla de yuca, de que estaba hasta el borde cargada su canoa. Con despego hizo participar del cargamento á los expedicionarios, quienes en retribución le obsequiaron alguna tela de su uso.

Como de todós los expedicionarios el único que conocía esas regiones era el Capitán, los otros aún parecían dudar de encontrarse ya en ese encantado río, i el teniente César, para cerciorarse preguntó al conibo sobre ésto. El interrogado, volviéndose sucesivamente hácia los dos confluentes é indicándolos por turno, dijo distintamente atrope-

llando las sílabas, que es el modo de hablar de estos salvajes: *Nazareteque*, *Asupisú*, i después *Pichis*, señalando á este último. Hasta allí no más llegaron las dudas de aquéllos, pues ante la afirmación de un salvaje que sabe de las cuestiones que se debaten entre nosotros menos que de las estrellas, no había más duda posible.

El salvaje desabracó luego i siguió viaje, volviendo á veces con rápidas viradas para ver á los otros que, á fuerza de todos sus remos, no hacían andar á su lerdá balsa la mitad de lo que él con uno sólo á su velóz canoa, de suerte que en un instante se perdió de vista en la primera vuelta del río.

Dos horas después de estar navegando en el Pichis indicó el Capitán la embocadura del Chivis, lugar designado para puerto con el nombre de Bermúdez; atracaron con el fin de dejar algún indicio de su paso, lo que hicieron trazando en la liza arena de la playa una inscripción.

De pronto el firmamento se oscureció i una imponente tempestad estalló tronando, describiendo sus amenazadoras chispas eléctricas sobre la cabeza de los viajeros i vertiendo una lluvia torrencial: se alejó rápidamente i aquéllos abordaron á una playa donde una bien alimentada hoguera secó pronto sus ropas i cobijas.

IV

Salvajes civilizados

Así como había sido tétrica i tempestuosa, semejante á una dolorosa agonía la tarde del día anterior, fué serena, radiante como una gloriosa resurrección el amanecer del siguiente. Ni una nube, ni truenos ni lluvia ni rayos, sino sol resplandeciente, i en vez del áspero grito de los zapos canos armoniosos de aves. Bajo los calientes rayos

solares una corriente aérea de blancas mariposas, como una avenida incesante, volaba en la misma dirección de su marcha. ¡Mariposas blancas, buen agüero! i bajo sus auspicios i á laleve i fugáz sombra de sus alitas dió principio la jornada.

No mentían los augures, pues al llegar á su último cuarto el día, tuvieron el encuentro más provechoso de todo el viaje, i fué el de una canoa tripulada por dos chunchos, uno de los cuales, llamado Gaspar, conducía en ella á su familia, compuesta de una mujer i como media docena de chiquillos; además llevaba un cargamento de chamairo, de tal manera que sólo flotaba pocas líneas fuera del agua. El chuncho Gaspar era amusha i se expresaba regularmente en español; razón por la cual i por ser afecto al dinero, pudieron conseguir los viajeros les cediera la misma canoa que iba tripulando. Cerrado ya el trato se dirigieron á la casa del chuncho situada un poco abajo de donde se encontraron, en la boca de un río nombrado Comporomasa.

A distancia como de un kilómetro adelante se encontraba la casa de don Guillermo Brandes, tirolés, único negociante existente en esas rejiones; dicha casa, á estilo montañés, éra amplia i sólidamente construida; su fábrica era reciente i aún no la había ocupado su propietario.

Había ahí cierta cantidad de caucho, i Gaspar, que ya se ve que era más codicioso de lo que son por lo regular los de su raza, entró en tratos con los espedicionarios, á quienes halagaba la barata venta que el salvaje quería realizar; pero en esto llegó su compañero el campa Antonio, quien le encargó lo feo de su proceder, pues esa especie estaba afecta al pago de objetos que les había dado el don Guillermo citado. El infiel Antonio también se expresaba correctamente en nuestro idioma i era casado con una mujer de la sierra, quien sin duda había sido su maestro.

A más de éstos habían otros salvajes que no entendían el español, el que tampoco poseía el cana-

dense X, que sostenía con aquéllos una animada *charla*. Los soldados querían sacar de ahí la chusca deducción de que eran semejantes al inglés i la lengua chuncha, cuando no había por que se entendiera menos un inglés que un español con un chuncho; pues si se entendían, no era, por las palabras, sino por la acción mímica, lengua que todo hombre sabe de atavismo.

Después de haber arreglado la canoa adquirida, embalsándola para más seguridad, i construida una balsa más perfecta para que fueran aquéllos que no tenían cabida en la canoa, siguió, su marcha nuestra jente. Ese mismo día pasaron, aún temprano, delante de la boca del Anacayali; poco después vieron la playa en la que, durante una noche de tempestad i lluvia, una avenida ladrona arrebató sus balsas, mientras dormían, á los individuos que componían la comisión del malogrado Carlos A. Pérez el año 1892, poniéndolos en los más graves conflictos. Una tempestad se desencadenó luego tronando i lloviendo en tanta abundancia que ya comenzaba un naufragio con la gran cantidad de agua que embarcaba la canoa. Afortunadamente no duró sino algunos minutos, el cielo se abrió otra vez i el sol radiante cambió el tétrico aspecto de la naturaleza.

No concluyó el día sin que ocurriera el encuentro con el salvaje más cerrado que nunca habían visto. En una playa estaba flechando pescado en compañía de un muchacho el conibo que encontraron dos días antes; al verlos éstos tomaron su canoa i apresuradamente se fueron á su habitación, que estaba en la orilla izquierda, donde vierte sus aguas un río de menor importancia. Es de notar-se la predilección que manifiestan los salvajes por las confluencias para establecer sus habitaciones, predilección que es motivada por la mayor expansión que les permiten los ríos tributarios que, por equieños que sean, son vías usables por sus caoas. Siguiendo las aguas de la canoa del conibo,

llegaron nuestros viajeros al puesto de su habitación, la que estaba situada barranco arriba i sólo se componía de un techo en alas inclinadas formando ángulo, sostenido por piedrechos. Rodeábala la chacra que estaba recién sembrada de maíz i cuya extensión á lo más mediría la octava parte de una hectárea.

Al llegar nuestra jente á la esplanada encontraron al salvaje citado en la habitación; algo distante, medio ocultos en el sembrío, tres ó cuatro mujeres cubiertas sólo de cintura abajo, de cabellos desgrednados i cútis sarnoso, de aspecto el más ruin, el más miserable que puede verse; por eso sería que aunque semidesnudas i hombres los viajeros las miraron con repugnancia. Lo que sí había para excitar su apetito era un gallo, que no estaría tan satisfecho como su amo, pues no había gallinas, que escarbaba el suelo con el pico. Había también una perrita chusca i salvaje que los ladraba huyendo después de abandonar su cubil, donde tenía varias crías, situado en la misma habitación. Palomo parecía por esta hembra repugnancia igual á la de sus amos.

El gallo, el gallo, he ahí el hallazgo. — Ya tenemos cazuela, dijo el mayor, i en seguida propuso el negocio al chuncho, diciéndole: —Véndeme ese gallo, i le mostró el sol con que se lo pagaba. El salvaje contestó que nó. — Toma dos soles, volvió á decir el comprador enseñando ahora dos de los blancos discos; pero ni por esas. Después de alguna porfía i de repetidas explicaciones del canibo, le pudieron entender que el gallo no era suyo sino de un campa que estaba por ahí, en cierta dirección que señalaba. Como insistieran sus visitantes en adquirir el ave dió gritos, los que en el acto fueron contestados por otros, allá en el monte, que denotaban gran furor en el que los profería. Como el conibo hiciera señas de que venía el campa, se ordenó que dos de los soldados subieran armados para prevenir una alevosía. Pocos instantes después

apareció el dueño del gallo, no el de la pasión, sino el de la frustrada cazuela. Tenía el salvaje cara de basilisco, algo de perro dogo en la fisonomía; la maldad de su índole brillaba en sus ojos. Trajo arco i flechas como para denotar que estaba dispuesto á impedir á la fuerza que le arrebataran su animal. El mayor le hizo las mismas instancias que al otro; se negaba enérgicamente i retiraba i sacudía con cólera la mano cuando aquel hacía el ademán de darle los soles. Un soldado quiso obsequiarle un capote i el campá lo arrojó con desprecio, i los miraba con expresión de ira reconcentrada é incaba el suelo con las flechas. ¡Ah, si fueran sus miradas los rayos que fulminaban sus intenciones, ahí cayeran á sus pies! Pero ni sus flechas podía armar esa fiera domada por la sólo presencia de los rifles en su lugar descanso; que bien sabía, aunque salvaje, que por la boca oscura de esos cañones se fulmina el rayo de los hombres; rayo que éstos manejan á su antojo, ya armando con él á los tiranos contra la libertad; ya poniéndola en manos de ésta para fulminar á los tiranos. En justicia hai que decir que en los de nuestros héroes sólo era arma de civilización, pues no se valieron de ella para atropellar el derecho del miserable salvaje, i no insistieron en su pretensión.

Mientras se había estado disputando, el conibo, que manifestaba un natural bondadoso, sacó de bajo de un armayare (estera de palma) un montón de yucas significando á sus huéspedes que se las obsequiaba. Al mismo tiempo los soldados hicieron buen acopio de ají del que habían varias plantas en abundante producción.

Terminaron la visita dándole un sol al obsequioso salvaje, quien tomó la moneda con desgano i la arrimó á un lado como diciendo: la tomo por no hacerles desaire, i se embarcaron i retiraron bajo las miradas abrazadoras del otro, cuyo despecho por ver hollar por ellos su mansión no disimulaban, sin duda, en su concepto, los conquistadores

¡ los vencedores de una conquista sin más víctimas que aquellos que oscuramente mueren por el progreso i la civilización de su patria, de una victoria sin sangre, cuyas violencias no experimentaba el salvaje, i ojalá nunca así sea, pero cuya verdad le constaba en lo íntimo de su convicción, de su conciencia. ¿Qué significaba, si nó, la llegada de aquellos con alardes de señores jenerosos á su mansión, sin temor i lo que es más, sin que él osara hacerle con la punta de sus flechas el recibimiento que merecían? La conquista i la victoria las sentía en su ánimo con su impotencia para rechazar, para ofender á esos odiosos extranjeros que excitaban su enojo.

Ya otra vez este mismo río fué habitado por jente civilizada; caucheros que se establecieron en sus riberas antes de 1888 en que muchos fueron asesinados por los campas, huyendo los demás para librarse de igual desastre; pero no deben tener el mismo concepto de los loretanos que están en mayor contacto con ellos; que viven en rejiones análogas i tienen hábitos montañoses, que de los que moran de los Andes al Pacífico. La tradición, ponderada por imaginaciones superticiosas, de la salida que en el siglo anterior hicieron los infieles acaudillados por Juan Atahualpa á la serranía, la noticia de la lucha sostenida hasta hace veinte años en el hoi próspero valle de Chanchamayo, lucha terminada con la tácita sumisión de los salvajes, más que á la fuerza de las armas al ascendente de la civilización; las relaciones, para ellos incomprendibles, de esa misma civilización, con sus peculiaridades más ostensibles, como sus ciudades, sus caminos i otros, i hasta la naturaleza, es decir, el clima ríjido de la sierra que hace necesario el uso de telas de abrigo i la tierra sin bosques, todo éso informará en sus cerebros, no un concepto definido, sino una idea supersticiosa, llena de prestigio, respecto á los viajeros venidos de ese occidente dónde se apaga la lumbre del Sol.

Sin ninguna novedad digna de consignarse, siguieron su viaje hasta veinticuatro horas más tarde en que llegaron á la confluencia del Pichis con el Palcazu, que se unen i forman el Pachitea. El segundo es á todas luces más caudaloso i su corriente sobrepone á la del primero.

En la orilla izquierda, en el mismo sitio donde comienza su curso el Pachitea, estaba el campamento de una colonia de ambinos, asociados bajo la dirección de un señor Desmé, i cuyas labores, á pesar de ser de fecha reciente estaban bastante adelantados. Fueron los expedicionarios cariñosamente acogidos y agasajados por el señor Desmé i sus compañeros despidiéndose de ellos gratamente impresionados; pues aunque ocurrió el hecho de haberse excitado á los soldados á que abandonaran á sus jefes, valiéndose entre otros medios, de una pintura exajerada de las privaciones i de los peligros que iban á arrostrar, fué, sin duda, un hecho aislado que disimularon dichos jefes al ser informados por los mismos á quienes se excitaba á faltar á sus deberes, en consideración á la buena voluntad manifestada por la mayoría de los colonos; pues si no mediara tal circunstancia, hubieran debido castigar mui severamente un delito que merece pena muy grave según la lei militar i que las circunstancias reagravaban.

V

Los vaticinios

El aspecto jeneral de los ríos es invariable, ó si varía, esto se realiza con bastante lentitud; variación que determina principalmente el acrecimiento del caudal de las aguas. El paisaje es siempre igual: el mismo bosque cubriendo la ondulosa corriente con una cortina verde, impenetrable, en la cual resaltaban brillantemente, manchas rojas, amarillas ó zules, que son otros tantos árboles de los mismos

colores, i sobre la que se empinan orgullosas las esbeltas palmeras i del cual se sale i se esparce en el aire un aroma embriagador que el viajero aspira con placer, emanaciones de árboles odoríferos, cuya rica esencia espera el elegante bote que lo ha de aprisionar en el tocador de nuestras beldades. Iguales monos van por sobre la copa de los árboles gustando sus frutos inaccesibles á la mano del hombre; iguales los cantos del pájaro llamado *Dios te de* (porque diz que en su canto va diciendo esa expresión), canto que es una perfecta imitación de los ladridos de un perrito tierno; lo mismo se escucha el de otro que parece que fuera repitiendo: *¡el tigre! ¡el tigre!*... i las mismas parecen las innumerables leones de loros bulliciosos i huacamayos, las immaculadas garzas, las partidas de ronsocos, todos los animales, en fin, que huellan el suelo ó hienden las aguas i los aires. Pero como esta invariabilidad, no es la monotonía de lo que no se mueve, sino la reproducción de los atractivos de la naturaleza, de sus aspectos vitales, no cansan, no fatiga el ánimo la perenne contemplación de ellos.

En medio de esa naturaleza embelezadora caminaron nuestros expedicionarios hasta la tarde que antecedió á la noche que ha merecido el capítulo éste; noche poética por los encantos con que la Luna suele engalanar á la tierra, memorable por una de esas coincidencias que dan asidero á las preocupaciones de la jente sencilla.

Mientras los expedicionarios, abrumados por la fatiga, dormían en su duro lecho de piedras, en la estrecha faja de la ribera del rio, la Luna abandonó sus blandas nubes, alzándose hasta el cenit, desde donde celestial antorcha, iluminaba el escenario de la naturaleza, sólo de humanos espectadores. El rio, cuya suave corriente semeja la inmovilidad, parecía el espejo de los cielos, i la arboleda sombría, de entre cuyo ramaje salía el bullicioso murmullo causado por la multitud de invisibles

séres que ahí habitan. Eran esos ruidos los que turbaban la tranquilidad del vijilante Palomo, que á cada momento se levantaba i, con sus ladridos, aumentaba una nota desconocida i descompasada en ese concierto de la montaña. Si alguno de los viajeros alarmado alzaba la cabeza i observaba con ojo avisor la parte de circunferencia que su mirada abarcaba, luego volvía á reclinarla en la dura cabecera al ver que ninguna causa temerosa tenían los ladridos del fiel guardian.

De pronto la paca paca se puso á tomar parte en el nocturno concierto i Palomo, como si sintiera afectada la fibra más delicada de su sensibilidad, exhaló ahullidos tristes, tan tristes como el llorar de una pena inconsolable. Los viajeros, si escucharon esta nota triste, sumerjirían sus cabezas en los lijeros cobertores procurando no oírla; pues el único que dió muestra de su vijilia fué el cabo Pachas que, abandonando su suelo, se puso á arrojar piedras, primero á Palomo, que corrió á refugiarse al pié del Capitán, en seguida en la dirección de donde venía el canto del ave de mal agüero. Luego, yéndose donde los que dormían de verdad ó de ficción, se acercó al Capitán, lo llamó quedo, i como no despertara lo mecía suavemente—¿Qué hai? exclamó incorporándose entonces éste: el cabo se alejó murmurando una respuesta i ambos volvieron á dormir su sueño.

Pero nó; mui pronto el áspero i desagradable grito de los zapos les anunció la aproximación de un chubasco. En efecto, el bosque todo se mecía con el viento que en sus alas trajo los acuosos cúmulos que, como una inmensa regadera, pasaron vertiendo un diluvio sobre los huéspedes del río, que en vano hubieran querido esquivar baño tan á deshora. Luego se oyó un canto armonioso, algo parecido al canto de un gallo, pero no en notas bélicas como las de ese valeroso campeón del circo i señor del gallinero, sino en notas tiernas, mui tiernas: era el Yungurú que cantaba el buen tiempo, i

el buen tiempo trajo otra vez la Luna espléndida i la alegría á los viajeros.

Calados de agua hasta sus ropas interiores éstos, encendióse una hoguera para secarlos; i á la lumbré, amiga de la charla, se pusieron las lenguas en conversaci6n que luego luego se encaminó á lo lúgubre por el canto del ave de mal agüero.

—¿Por qué fuiste á despertar al Capitán? interrogó al cabo Murillo al idem Pachas.

—¡Caramba! replicó el interrogado, el Capitán dá miedo cuando duerme; parece un muerto amortalizado así como se pone envuelto en esa sábana blanca. I la paca-paca que estaba canta que canta i Palomo ahulla que ahulla.

—¡La paca-paca....! alguno de nosotros va á morir, murmuró el soldado Carrasco con acento sibilino,

—¡Ya comenzó el agorero! gritó con áspera voz i desagradado tono el mayor.

—¿Por qué soi *gorrero*, señor? ¿por qué digo que cuando la paca-paca canta....

—¡Cállese el brujo! volvió á gritar el Jefe, con lo que el ofendido con su mismo equívoco, hubo de reservarse para su propio miedo sus desalentadores vaticinios.

Pero el incidente i los comentarios que siguieron habían difundido cierto desaliento en el espíritu de los soldados, lo que se notaba en el mustio silencio que siguió, i para disiparlo el Capitán tomó la palabra i dijo:

—Van á ver ustedes como mienten los vaticinios, escuchen un rato, i se puso á narrarles este episodio.

VI

El Tunche

Orillas del Amazonas, poco arriba de Omaguas, había allá por el año de 1892 un caserío habitado por unos quince ó veinte peones con sus respectivas familias. Paucaparta, nombre con el que su primitivo dueño, sin duda para conservar presente el recuerdo de la tierra natal, bautizó á la hacienda en sus principios, entonces, es el remoto confin de nuestra patria á donde me arrojó una ola de la suerte por el tiempo que rememoro.

Al rededor de las rústicas habitaciones, en un radio que en su máximun alcanzaría 200 metros, estaban los terrenos de cultivo, en su mayor extensión cubiertos todavía con los despojos de la selva; troncos gigantescos que interceptaban en todas direcciones el paso del sembrador que, estaca en mano, iba echando en el seno de la tierra la semilla que su pasmosa fertilidad habría de convertir pronto en abundoso fruto. Diríase al ver esos palos blanqueados por el Sol, á esos que antes fueron árboles arrogantes de opulenta lozanía, despojados ya de sus verdes hojas, pudriéndose por la humedad, yacentes unos al lado de otros, diríase que eran las osamentas de los muertos en una batalla de gigantes; i lo eran en efecto: los muertos en la batalla del progreso contra la naturaleza.

Allá las aguas del anchuroso río, al dar una vuelta dilatan el horizonte formando un golfo que traía á mi mente recuerdos de mis queridas playas del Pacífico, i no más de dos cuadras antes del caserío, una isla cubierta, como todo lo que en esa rejión es tierra, de vejetación impenetrable, surge á perturbar el curso de la corriente; i como inmensa sangría se desprende por la izquierda el brazo menor,

mientras que por la contraria mano, describiendo, una vuelta prolongada, va la madre á encontrar, una legua más abajo al hijo descarriado de su corriente. Cuando las aguas están crecidas este brazo, como todos los que se le asemejan, facilitan la navegación, por cuanto corren siempre por la línea más corta del trayecto.

¡Tristes los días que pasaba en esa soledad sin noticias de los míos, que harto lejos estaban, sin amigos, sin sociedad de jentes, sin libros! Ah! ¿sabéis lo que es no tener, en soledad semejante, uno de esos compañeros íntimos que se llama *libro*? En mis varias peregrinaciones he sufrido penas amargas: hambre, sed, fatigas, pero no tener un libro, no se compara ni á comer sin sal, que es uno de los tormentos más desagradables. Un almanaque cuyas letras se borraban, creo que más que por la frecuencia con que lo manoseaba, absorbidas por mis ojos, i algunos fragmentos de periódicos menospreciados hasta servir de envoltura á especies, esos eran mi tesoro, mi única sociedad, el lazo que me unía á la civilización, mis únicos amigos. Los únicos, porque los que ahí eran jentes profesaban el odio innato al *viracocha*; pasión que en hombres que mal resisten el impulso primo de sus instintos, ocasiona en esa rejió desamparada de la justicia las más sangrientas catástrofes. Por poco pruebo en cierta ocasión el filo de sus machetes; i si lo pruebo.... no lo estaría contando.

Mi espíritu, pues, solo tenía la naturaleza para espaciarse. Gustábame contemplar la solemne majestad del Amazonas, la soberana serenidad de esas aguas en las que, espejo para ellos, vienen por la noche á mirarse todos los astros del firmamento. A veces me internaba en la selva prodijiosa que absorbe el horizonte en sus riberas, i en ella sumergido me estaba admirando la robustéz de esos gigantes imponderables que se elevan con la rectitud irreprochable de una regla, juntan arriba sus ramas i forman el cielo verde bajo el cual moran los séres

más variados de la naturaleza. Se ve á esos árboles solos ó asociados; los últimos, á veces unido uno á otro como si quisieran comunicarse mutuamente la sabia que les da vida, otras subiendo en espiral abrazados, realizando la figura de árbol más graciosa que puede imaginarse, con excepción siempre de la palmera reina por su gracia de la selva, sobre la cual se destaca arrogante. I entrelazándolos á todos una red de bejucos que suben ó bajan imitando cuerdas i cables por su grosura i resistencia, i hasta pesadas cadenas con sus grandes i toscos eslabones, tal como los que sujetan el áncora de una nave. Entre esa espesura cantan armoniosos trinos aves multicolores, mientras los monos equilibristas van haciendo pallazadas allá arriba, arriba sobre las más frágiles ramas; revolotean las mariposas como prismas fujitivos entre la nube que forman los zancudos, esos que se llaman insectos por su pequeñez, pero que son fieras por su audacia sanguinaria; i así, por escala, van descendiendo hasta perderse en lo invisible del átomo los seres que se ajitan en el aire. Quizás mientras veía á aquellos, desde un oscuro rincón de la selva el tigre tenía fija en mí su mirada hambrienta i centellante, cuando el venado, el majáz ó una ave incauta brindó á su apetito ferino presa más fácil i sabrosa, ó un ruido imitador de la tormenta le anunció la aproximación de la guangana, su enemigo irreconciliable i su presa no desdeñada también. I en el suelo, quien puede decir los seres que aplastan nuestros pies! En él se arrastran desde la laboriosa hormiga hasta la artera i circumspecta víbora, que espera teneros al alcance para hincaros su diente matador. I todos esos seres que desde el cielo de los árboles hasta el ras del suelo habitan, todos en perpétua agitación empeñados en el combate de la existencia, trabajando, devorándose unos á otros. ¡Eso es vida! La vida brota á torrentes de todos los poros de la tierra; la vida vibra i centea en todos los átomos del aire, I tanta vida me

anonadaba i me sentía pequeño, pigmeo más chico que una hormiga ante tanto poder.

¡Ah! no se ha nacido en una sociedad civilizada para renunciar á ella. siquiera sea temporalmente, sin motivo digno de una noble ambición; yo no podía conformarme con oír el canto armonioso de las fujitivas aves, con ver revolotear pintadas mariposas, i el dolor de la ausencia de otras tierras mordía siempre mi alma ¡quería ver las pampas de arena áridas, quería ver los cerros de roca pelados! Esto es lo que quería con toda el clamor de mis deseos; i estos deseos amargaban mis desvelos hasta que la tempestad venía á inflamar el firmamento i el estridor del trueno sumía mi mente en pavorosas meditaciones.

Pero ya esto es demasiada introducción; vamos, pues, al vaticinio.

Era la tarde de un día sin crepúsculo; nubes plomizas habían venido borrando los colores del cielo i su peso comprimía el aire impuro que se respiraba: la tempestad latía sobre nuestras cabezas. Sentado bajo un guavo saboreaba los últimos tragos del café de la comida, cuando oí el pío de una ave; al oírla también el mozo que me servía, pronunció con tono misterioso: ¡*el tunchel*!

—¿Qué es el tunchel,? le interrogué yó, aún cuando ya sospechaba el significado de la palabra.

—El tunchel, señor? repuso ahuecando la voz para espresar mejor lo terrible de la idea—¡el tunchel es el muerto!

Estábamos en noviembre, mes de los difuntos, y de aquí el tema para hablar mi mozo de las apariciones de ultratumba, citándome lo que le había ocurrido á él recientemente, lo que lo tenía asáz aflijido; pues era para él indudable que el ser cuya sombra se le había presentado había ya salido del mundo de los vivientes, i ese ser era no menos que su propia madre. Lo cierto es que el hombre era un bebedor insaciable i no de agua. Después de contarme eso me interrogó el mismo:

—Señor ¿quién es la persona que quiere usted más en este mundo?

—¿I qué te interesa á tí saberlo?

El me miró un momento con sus ojos de borracho i luego dijo, no sé si sintiendo en realidad ó fingiendo emoción:

—Es que esa persona ya se ha muerto; por eso ha silbado el tunche; estamos en el mes de los difuntos i se le tiene que aparecer. Acuérdesese, señor, de lo que le digo.

Una puñalada á mansalva no me hubiera hecho tanto daño como el bellaco con su vaticinio: exasperado por la cólera, iba á lanzarme contra el ébrio profeta, cuando el mismo me cortó la cólera, diciendo:

¡Agua! ¡agua!

Al mismo tiempo se sintió un rumor producido por la agitación de la selva que parecía despertar sobresaltado de su quietud; el ruido fué creciendo como si una cla viniera arrollándola; un soplo de aire caliente azotó nuestros rostros i gruesos goterones de agua empaparon en un instante nuestra ropa, mientras corríamos á cubrirnos bajo techo del chubasco que á todo volar nos traía la tempestad: la chispa eléctrica ardió al punto i el trueno retumbó en el espacio iniciándose la gran batalla de los elementos.

¡Qué espectáculo tan imponente, tan atractivo en medio de su aterradora grandiosidad! Toda la naturaleza parece anonadarse ante esa batalla inarrable: todos los vivientes de la selva han callado, menos los sapos, los cínicos del charco. Sólo á la voz del trueno cede i se humilla el indomable i feróz zancudo. El cielo parecee ha vuelto á ser sumerjido en el caos con todas sus brillantes luminarias; en todos los puntos del caótico espacio estalla el trueno i su sonido ensordecedor repercute como si fueran las innumerables andanadas de baterías celestes; sus divinos proyectiles cruzan el espacio como ígneas saetas que ciegan la vista, formando

ya zig-zag, ya parecen los ramales de un látigo de fuego con el que un dios estuviera azotando á los jénios de las alturas.

La rápida transición de la intensidad de la luz del rayo á la oscuridad del caos nos ciega, el ruido nos ensordece. Las aguas del río, agitadas por la turbonada, hacen oír el éco de sus ondas que al estrellarse contra el barranco lo desmoronan, abatiéndose con su arboleda sobre las mismas ondas que causan su ruina.

¡Misericordia!... un trueno ha estallado casi en el mismo techo i la chispa nos ha dejado ciegos con su intensidad deslumbradora. La tempestad se localiza, ó más bien, se detiene un momento en el linde del bosque que circunda la chacra, haciendo en él sus horribles destrozos que animan aún más el caos con el ruido de sus ramas desgajadas. ¡Ah, esos gigantes de la selva que alzaban sus altivas copas queriendo llegar al cielo, al igual de los de la fábula, fueron implacablemente fulminados por el rayo!

La tempestad se fué alejando en seguida i al mismo tiempo los zancudos empezaron á salir obligándome á refugiarme dentro de mi mosquitero de su sangrienta persecución.

Apenas me acosté, se me vino á la mente el vaticinio del bellaco; no porque yo tuviera fé en él, sino porque... porque, en fin, ello podía suceder con vaticinio i sin él. Me acordaba de que, durante la penosa comisión de que acababa de formar parte, muchas veces me habían ocurrido las más angustiosas pesadillas; porque ¡ah! cuando el ánimo está afligido i el cuerpo débil, se sueñan suplicios. Me dormí, pues, entre las más aflijidas ideas.

Mi espíritu, entónces, se separó de su envoltura material i voló lejos, mui lejos: me sobrevino el sueño más hermoso que puede halagar la imaginación del ausente. Me ví en el seno de mi familia, rodeado de todos los seres queridos del hogar, mi madre, mis hermanos i un coro infantil cuya alegre

charla escuchaba; i gozaba de sus caricias como si realmente estuviera viéndolos, oyéndolos, estrechándolos entre mis brazos. La intensidad de tan vivo placer fué, sin duda, lo que me hizo tornar á la vigilia para encontrarme otra vez sólo en las riberas del Amazonas, entristecido por el desvanecimiento de esa ilusión. La tempestad tronaba ya á lo léjos; la lluvia caía ya en lentas gotas i la Luna disipaba las tinieblas. Los ronquidos de mi profeta, que dormía su sempiterna borrachera, me trajeron á la memoria su vaticinio, i las ideas aquellas se apoderaron otra vez de mi imaginación.

Volví á conciliar el sueño.... Derrepente me oí llamar por mi propio nombre. ¡Quién me había llamado! Esa voz cuyo timbre cariñoso acababa de oír, esa voz podrían trascurrir siglos sin que olvidara su acento. Otra vez me llamó... ¿estaba dormido? ¿estaba despierto? Me incorporé sonámbulo... i la ví. En la puerta estaba con su cabellera flotante, vestida de blanco, en medio de un nimbo resplandeciente como una hada. Salté del lecho desgarrando el mosquitero i profiriendo su nombre.... Mas el transporte tan vivo i el contacto del suelo anegado por la lluvia, me trasladó al instante á la realidad. Sin embargo, todavía me imaginaba que el fujitivo rayo de la Luna era la falda del blanco traje de la esquiva.

Mi profeta que vuelto de su soporífero sueño, había presenciado esa escena de sonambulismo, me dijo:

—¿Ya U. vé, señor? lo que le dije; i parecía muy satisfecho con lo que imaginaba la confirmación de su vaticinio.

—Pues toma por la noticia, le repliqué yo, i satisfaciendo mis deseos de esa tarde, le dí una abundante gratificación.... de palos á las costillas, con lo que se le quitó el gusto i quizás hasta las ganas de profetizar.

Ahora bien, la predicción mintió, por supuesto, como mienten todas las charlatanerías i supersti-

ciones: algunos meses después abrazaba vivos i sanos á los que, por haberlos soñado, debían estar en la rejión de los inmortales á creer la profesía.

Concluido este relato i como ya hubiéranse secado, las cobijas al fuego, cada uno se envolvió en las suyas i continuó el interrumpido sueño.

VII

El desastre

Ya el sol estaba bien alzado en su carrera, cuando á la impresión de sus ardientes efluvios, despertaron los viajeros dormidos hasta esa hora á causa del desvelo ocasionado por los incidentes de la noche ya conocida; apresurarónse á recuperar á fuerza de remo el tiempo perdido.

Este era el día en que, según se lo habían anunciado los colonos de arriba, debían encontrar al tirolés France, el del Pichis, lo que era un nuevo estímulo para el rápido avance, á fin de apresurar el instante del encuentro feliz. Feliz, si felicidad podía decirse el trocar la carne de ronsoco mal oliente, cocida en agua salpicada con unos cuantos granitos de arroz, por algo más apetecible; que tal era, aparte del natural placer que en esas rejiones causa ver jente culta, la razón de desear con tanta vehemencia el encuentro. Los anunciadores de felicidad, como siempre, las mariposas blancas, formando una doble cadena alada, subían unas como precursoras de la nueva nueva, otras bajaban como propicios guías. I la canoa impulsada por cuatro remos que manejaban vigorosos brazos, con una rapidéz impropia de su pesado aparejo, volaba i volaba. ¡Inescrutable porvenir que hasta el mis-

mo instante que antecede al suceso lo ocultas como si estuviera en el más remoto futuro! Quién hubiera dicho á nuestros presurosos bogas que iban con la aceleración necesaria para llegar á la cita de la fatalidad en el instante preciso! ¡que con sólo acelerar más la velocidad ó con sólo demorar su marcha, otra fuera su suerte!

Darían las 8 de esa tarde cuando el proero pronunció con alborozado tono: ¡gente! Nueva que un instante después confirmaron las miradas de todos. No mucho demoraron en abordar á la playa donde estaba atracada la canoa de los que venían, que no era aquél á quien esperaban encontrar, sino unos cashivoyanos que iban al Palcazu á buscar á un padre descalzo para celebrar su fiesta. De ellos sólo uno poseía el español en el que se expresaba bastante bien. De lo que no sabían nada era de los acontecimientos de Iquitos, i es seguro que no tenían ni noción de lo que sea política ni revoluciones; además, sus noticias hubieran sido muy atrasadas, pues llevaban ya cerca de dos meses de viaje, lo que no es de extrañar, pues tiene esta jenfama de aragana, entre sus muchas tachas. De las provisiones de su consumo vendieron algo de paiche i farifia á los necesitados expedicionarios i en seguida se prepararon éstos para continuar su peregrinación, juzgándose ya más ciertos del porvenir por los bocados de comida adquiridos.

¡El porvenir!.....Para dos de esos alegres corazonces el porvenir sólo contaba los minutos que demorarían en ir *deliberadamente* á la peligrosa correntada de *Sungara-Yacu*, cuyos borbollones de agua estaban viendo, así como escuchaban el ruido de sus olas al chocar entre sí.

Desde antes de abordar á la playa del encuentro habían visto la correntada que no es verdaderamente un obstáculo, por cuanto el cauce, bastante ancho, presenta un espacio de aguas serenas por donde puede pasar sin el menor peligro cualquiera

embarcación; ¡ésto hubiera determinado, indudablemente, el modo de pasar por ese sitio, si á alguien no se le ocurriera interrogar por él al patron de la canoa cashivoyana.

—Es peligroso este paso? preguntó ese alguien.

--No, contestó el cashivoyano.

—Entonces se puede ir por la corriente?

—Sí, volvió á contestar el interrogado.

¿Era torpeza ó maldad la contestación del indio?

.... De nada mas necesitaron nuestros osados caminantes para enderezar su proa derecho al precipicio. Cuando estaban á una media cuadra de la orilla de la partida se detuvieron llamados por el que acababa de darles los torpes datos: los detuvo para decirles sólo ésto: — *¡Que la virgen santísimo los saque con bien!*— ¿Era un sarcasmo ó una indicación indirecta del peligro? Probablemente ni uno ni otro. Antes de trascurrido un minuto estaba la canoa sobre la rizada corriente; las primeras i suaves mecidas las celebraron con pueriles aclamaciones; pero á los pocos segundos el oleaje era ya tan fuerte que la canoa se anegó por completo trocándose en mui seria la situación. En este momento escuchóse una voz que, á ser atendida por todos, no se hubieran lamentado víctimas: — Nadie se mueva, dijo esa voz, nadie se mueva que la canoa es una salvavida. — En efecto, ésta había embarcado toda el agua que podía contener sosteniéndose triunfalmente á flote; no había, pues, sino que esperar algunos instantes para salir del tormentoso trecho i abordar á una playa; pero la falta de serenidad de algunos, convirtió el percance en tragedia: tres de los soldados, confiados más en sus brazos que en la advertencia que acababa de hacérseles, se echaron á la corriente á ganar la orilla á nado.

No bien habían realizado aquéllos su fatal resolución, atracaron los otros á tierra terminando para ellos el conflicto, sin que se preocuparan mucho por los que luchaban con la corriente, pues todos eran nadadores, hasta que estas palabras se deja-

rón oír, con el angustioso i cortado tono del que se está ahogando: — ¡Mi capitán, sáqueme! — gritó Pachas — ¡Socorro gritó Murillo! El tercero de los nadadores con vigorosas brazadas ganaba la orilla ¿por qué los otros se hundían? He aquí la tontería por la que se ahogaban, después de su imprudencia; habían vestido su gruesa ropa de paño burdo, habíanse calzado sus pesados zapatones para celebrar el encuentro anunciado para ese día. Acaso hubieran podido sostenerse á flote á pesar de sus pesados forros, si no ocurriera el caso mortal de ser ése uno de los sitios peores que en esa parte presenta el río. La tumultuosa lucha que más arriba sostenían las aguas en la superficie, parecía aquí haber tomado por teatro el fondo: la corriente se arremolinaba allí formando embudos absorbentes, fuertes para atraer á uno que no tuviera mui vigorosos brazos; otras veces, como si fuera la respiración de algún monstruo de gigantescos pulmones, se tornaba al contrario el remolino formando ondas concéntricas expelentes, para enseguida otra vez recojerse al voráz embudo. Tal era el sitio de la catástrofe, en tal elemento pugnaban por su vida los imprudentes náufragos.

Apenas se dejaron oír aquellas angustiosas exclamaciones, varios trozos de balsa, (que llevaban como asiento i en previsión de lances semejantes á bordo) volaron en la dirección de los angustiados nadadores; pero con tan mala fortuna que ninguno cayó al alcance de sus cansados brazos, que ya no tenían fuerzas para llevarlos á cojer los salvavidas. Entonces sucedió una cosa como una ironía; el capitán, confundido con un espectáculo que era para desequilibrar la más bien puesta razón, despojóse del chaleco, en cuyos bolsillos habían cocidas libras esterlinas i soles de plata, i lo arrojó á los ya agonizantes soldados, cuyos brazos se estendieron con la avidéz, no del dinero sino de la vida, á cojer el objeto que incontinenti se hundió: socorro de dinero cuando lo que se les iba era el aliento de la vi-

da! ¡Sarcasmo del acaso! Casi en el mismo momento la ola expelente disparaba á Murillo al centro del río i á Pachas lo acercaba á la playa, á tan corta distancia, que el mismo capitán no vaciló en arrojarle á sacarlo; pero la reacción del remolino frustró el esfuerzo: la ola absorbente, atrayendo á ambos iba á confundirlos en el mortal embudo, cuando los gritos de los que en la playa estaban advirtieron al Capitán del espantoso peligro en que estaba, i convirtió entonces sus fuerzas á evitar la aproximación al desdichado agonizante: un instante más i éste hace presa segura con sus manos crispadas por la desesperación en su pretendido salvador, un instante más i otro cadáver hubiesen sepultado las ondas del Pachitea.

¡Quién puede espresar las impresiones que torturan el ánimo cuando se presencia una escena tan espantosa! Se siente la muerte que se está viendo, se agoniza la agonía que aquéllos sufren. Ver caer al compañero en el campo de batalla bañándose en su propia sangre; verlo morir ahogando el dolor con exclamaciones de odio al enemigo ó de amor á la causa por la que ha dado su vida, es ver una escena terrible, pero grandiosa, que no excita la piedad, sino que, exalta el entusiasmo ó el ardor de la venganza ¡pero verlos extinguirse clamando por la vida, ahogados los hipos de la agonía por el borbollón del agua. . . .! Así los vieron, primero agitándose con las convulsiones de la desesperación; luego. . . poco á poco fueron calmándose sus afa- nes i se fueron hundiendo, i sólo las crispadas manos se alzaban sobre la superficie del líquido mortal, como si quisieran agarrarse á las frágiles alas de las *mariposas blancas* que, embusteras hasta el fin, revoloteaban, ya no en son de esperanza, sino en son de burla, en torno de los agonizantes; después. . . volvieron á flotar sobre el agua; i esta en sus jiros circulares, que semejaban infernales piraetas, los traía ante los vivos, quietos, insensibles, sin un movimiento, mirando al fondo.

¡Cuán vana i frágil es la vida humana... ! ¡Largos años de lágrimas, de afanes i fatigas para que en un instante los cancele la muerte!

Si algún viajero surcó el Pachitea después que ocurrió este suceso, vería, si ya la creciente no lo arrebató, una tosca cruz que abría sus austeros brazos en la ribera izquierda frente á la desembocadura del Serrami-yacu: ahí se realizó la inmola- ción de dos oscuros soldados, de dos buenos pe- ruanos, cuyos nombres ha aumentado la lista de los mártires de la montaña.

NOTA:—Cabo 1.º Manuel Murillo — Cabo 2.º Sil- vestre Pachas—Ambos habían servido durante la campaña de la coalición á las órdenes del que sus- cribe, hasta la toma de Lima i después en el Reji- miento “Húsares de Junín.” Cuando nos propusi- mos ofrecer al Supremo Gobierno organizar una fuerza á propósito para una expedición que *pu- diera ser eficaz* para develar el movimiento de Iqui- tos, fueron de los primeros en hacerse presente. Frustrado nuestro intento, persistieron en acom- pañarnos en la condición subalterna en que fuimos en la expedición del Centro, i se dieron de alta en el batallón “Arequipa” N.º 7.

VIII

Noche triste i viaje rápido

—Allá están esos malvados gozándose en su obra, exclamó uno de los atribulados náufragos señalando á los indios cashivoyanos, á quienes en esos mo- mentos de ofuscación culpaban de la catástrofe. Allá estaban, cierto, parados en el borde de su ca- noa viendo como un espectáculo el duro trance de los otros viajeros: ¿lo veían con placer ó con dolor?

Cuando, después, referían el angustioso suceso

los nuestros,— no duden, decían algunas personas del Ucayali, no duden de que adrede les hicieran una indicación falsa esos bandidos.

Los de Cashivcya tienen crédito de ser mui desafectos, no sólo á los blancos, sino á los otros pobladores del Ucayali; viven aguas arriba del río de ese nombre i no contribuyen ni han contribuído con su industria al progreso de esa rejión, como debiera ser por el mucho tiempo que hace pasan por cristianos católicos. Así lo serán, efectivamente, por ciertas prácticas supersticiosas, pero no por ninguna virtud. De todos los habitantes del bajo Ucayali son los únicos que tienen iglesia i celebran fiestas. No admiten sacerdotes seglares entre ellos i vienen cada año á llevar un padre descalzo hasta el Mairo. La razón que se nos dió de su preferencia á los regulares, no es, por cierto, título de honor para éstos.

Volviendo á los del encuentro, complaciéralos ó nó la desgracia de aquéllos, no se puede atribuir á la intención supuesta su contestación al preguntarles si el paso aquél era peligroso, pues es probable que no se les ocurriera que fueran á meter su embarcación precisamente donde había peligro, ofreciendo, como ya se ha dicho, amplio espacio franco el río.

Dieron tregua al dolor nuestros viajeros para pensar en sí mismos. Había que hacer fuego ¿cómo? Se registraron minuciosamente los equipos i al fin, en el de uno de los finados, se encontró una caja de fósforos hasta la que al parecer no había entrado el agua del naufragio; mas no hacían fuego al frotarlos. Ah! entonces el mechero pudiera proporcionarles la chispa primera ;pero también estaba empapado! No, no todo; un pedacito de la pavesa parecía haberse librado del agua.... Hélos ahí, empeñados en traer otra vez á la tierra la chispa divina. ¡Cuidado con golpear mui duro el eslabón con la piedra i salte la pavesita de la esperanza! ¡Ya está aquí la chispa! gritó el nuevo Pro

meteo, que era el teniente: si, pues, ahí estaba en la cabeza de la mecha ¡aliméntela con un ligero aliento para que no se apague! En seguida arrimaron un fósforo ¡oh decepción! éste chisporreteó i se apagó sin hacer llama. Una, diez, veinte veces se repitió lo mismo.... ¡victoria! Ya prendió uno. Se le dió pábulo cuidadosamente i al fin flameó la consoladora hoguera.

El Sol declinó i la Luna vino á sucederle en la azulada esfera. Asomó allá en frente, envuelta al principio en diáfanas i albas nubes; en seguida se desnudó de ellas i radió brillantemente sobre las crestecitas de la corriente del Serrami-Yacu.... Ah! pero no era ésta la dulce compañera del insomnio, la consoladora del desolado caminante: ahora se nos antojaba la impúdica i celestial cortesana que venía á complacerse con el duelo de los mortales, á hacer ludibrio de su amarga aflicción.

Todo respiraba muerte, desolación, esa noche en esa triste playa. De la corriente del río parecían salir gritos de agonizantes; las aguas en su murmullo, parecía que rieran irónicamente; el canto de algún animal nocturno se antojaba el clamor de las almas en pena; uno de los soldados que se había dormido, se alzó derrepente gritando — ¡ahí está! ¡ahí está! ¿Quién? le interrogaron—Murillo—contestó—Acuéstate, has estado soñando — ¡Soñando....! Sí me pareció que lo veía allá en la otra orilla i que me llamaba. Poco antes de que se ocultara la Luna se asomó el Capitán á la orilla vijilando por la seguridad de la canoa.... ¿Qué es esto? Vengan, aquí está uno de los difuntos; saquémosle!.... — Pues no vé usted que no es sino la espuma formada por el agua. Acuérdesse que los muertos están vestidos de negro.

Al siguiente día hubieron de detenerse aún algunas horas para que el Sol secara los víveres, pasando este tiempo en labrar nuevos remos i plantar la tosca Cruz de la fatal memoria.

No hai alma de piedra, ni corazón de acero que

resista al taladro de la idea obsesiva del dolor. ¿Cómo librarse de él? Refieren los biógrafos del patriarca de los liberales ingleses, que cuando el gran Gladston quería sustraerse á las obsesiones de su vida pública, cojía una hacha i se ponía á leñar en sus parques ni más ni menos que cualquier labriego; con lo que, aparte de lo saludable del noble ejercicio, alejaba la idea obsesiva. Cosa parecida, si bien inconscientemente, hicieron nuestros héroes: no fueron hachas las que blandieron, sino remos los que sus frenéticos brazos hundieron en el agua, i á su violento impulso voló la canoa como si fueran los prófugos de una implacable persecución; i se alejaron de esa playa de horrorosa memoria, insensibles al parecer á la fatiga que los inundaba de sudor. Un momento se detenían, alguna vez, para refrescarse con un baño que se aplicaban con sus sombreros i luego tornaban á su incesante bogar. A pesar de la velocidad de la carrera, i en cuanto les era permitido, observaban las orillas á ver si divisaban los despojos de los malogrados compañeros para darles cristiana sepultura, sin lograr esta penosa satisfacción.

Después del medio día encontraron dos canoas que surcaban al Mairo: eran en las que iba don Guillermo France, el que habían esperado encontrar el fatal día anterior. El ánimo afligido por la obsesión del reciente desastre, no podía dar cabida á ninguna expansión alegre i mucho era disimular su aflicción. Iba ese caballero con su familia, compuesta de su esposa, alemana, (ó hija de alemanes) como él i varios rubios niños, los que formaban notabilísimo contraste con los bogas que eran *campas* del Pichis i del Palcazu. No pudo el veterano de los ríos dejar de hacerles observar cuanta velocidad hacía perder el embalsado á su canoa, aconsejándoles prescindieran de él; pero á su consejo se opuso inmediatamente su esposa: - No, no, dijo con tierno interés que conmovió á nuestros viajeros, así van seguros, ¡pobrecitos vaya á pasarles un

desgracia! — ¡Si hubiera sabido la terrible desgracia que les había acontecido!

Con la misma frenética velocidad siguieron todo el día; penetraron en los largos pongos que recorre el Pachitea al cortar, sin duda, algunas estribaciones de la cordillera cuyas cumbres animan por varios días el paisaje; vieron, sin detenerse, el lugar llamado Inca-rumi (piedra del Inca) donde existe un grabado jeroglífico, i al fin llegaron al temeroso paso de Baños.

Este paso que en 1892 no ofrecía el amenazante aspecto que en la actualidad, consiste en que el cauce se estrecha demasiado, coincidiendo esto con el cambio brusco de dirección del río. La causa determinante debe ser el que la orilla derecha sea de roca i oponiendo una resistencia incontrastable obligue á abocarse al río por ese estrecho cauce. Concurrirá á empeorar el paso la corriente del río Baños que afluye por la derecha,

Después de haber pasado cuidadosamente, bordeando por la márjen derecha, el peligroso estrecho, siguió el barquillo de los nuestros su fujitiva carrera, llegando al siguiente día al Ucayali.

En el Abujao se dividió la comisión: el Capitán i los dos soldados sobrevivientes, para continuar hasta Iquitos en viaje expreso en canoa, el jefe i el otro oficial para esperar ahí hasta que fuera el vapor i bajar en él sin contratiempo ni peligro.

Mas sí los habían para los primeros: teniendo que navegar día i noche, *sin práctico* ninguno, realizaron con suma felicidad su empresa, gracias á la incesante vijilancia que todos tres, oficial i soldados, hubieron de ejercitar i á su incansable laboriosidad. Las turbonadas, tan amenazadoras ya en las aguas del bajo Ucayali, llegaron algunas veces á anegar sus canoas; los escollos que en tiempo de vaciante forman los desmontes, los pusieron en ciertas ocasiones, sobre todo en las noches, muy próximos á un naufragio; pero ninguna vez corrieron un peligro más verdadero que ésta. Era una

mañana i estaban tomando su desayuno, cuando llamó grandemente su atención un hecho inusitado: un árbol de gigantesca talla perdió súbitamente su equilibrio i cayó con tempestuoso estruendo sobre el río, cuyas aguas alborotadas se alzaron en ondas que fueron á estrellarse contra la canoa. Haique anotar una circunstancia, i es que al llegar la hora de sus alimentos, abrían la embarcación al centro, apartándose del canal, á fin de realizar esa función de la vida sin ninguna otra ocupación: acaso se debió á ésto el no haber recibido el mortal garrotazo.

FIN DE LAS MARIPOSAS BLANCAS



LA VÍA CENTRAL

I

LAS CUESTIONES DE ORIENTE



I

LAS VÍAS DE LORETO EN RELACIÓN CON EL SISTEMA JENERAL DEL PERÚ

Los Andes, al atravesar las Américas de Norte á Sur, imprimen á nuestro territorio los rasgos más salientes de su carácter jeológico i, por consiguiente, los de su constitución jeográfica i topográfica.

En dirección paralela, obedeciendo á leyes naturales, va el Océano recortando nuestra costa; i en análogo sentido, corren allá, por entre las oscuras florestas, los grandes ríos que vierten sus aguas al nunca bien ponderado Amazonas.

Así pues, que, prescindiendo de la exactitud paralélica, el territorio peruano está constituido por tres líneas jeográficas, situadas unas tras otras, correspondientes á otras tantas zonas que difieren entre sí, de manera tan completa, como si mediaran entre ellas muchas latitudes.

De una parte la Costa, limitada por el Océano Pacífico, estiendo á lo largo de éste su estrecha faja, en la que los áridos, prolongados i sedientos arenales, alternan con los limitados valles que encabezan las profundas quebradas formadas por los torrentosos ríos que vienen de la cordillera. En seguida los Andes, como un gigante amenazador, se yerguen con sus cimas blanqueadas por perpetua nieve i ponen como un valladar entre la región de la Costa i la Montaña. Después ésta, que se inicia con sus arboladas verdes cordilleras, que van achatándose hasta confundir sus vagas ondulaciones en las llanuras inmensas por donde serpentean, dilatando su curso, los tributarios del gran río.

Pero si son distintas entre sí las tres zonas, todas coinciden en oponer una áspera naturaleza á la planta i á la industria del hombre: la Costa sus arenales semejantes á desiertos de Africa, la Cordillera sus pendientes escarpadísimas, la Montaña sus selvas impenetrables. Es que la Providencia ha querido proveer á la industria del hombre con esas dificultades cuyo vencimiento constituyen las mejores victorias del patriotismo i del progreso.

La misma Cordillera, que se ha interpuesto entre la primera i la tercera zona, ha provisto á la unión de ellas. Semejante á inmensa columna vertebral, en la que se éncajan i se afirman todos los miembros de un cuerpo, los Andes desprenden cadenas secundarias cuyos estribos finales bañan las aguas del mar, las que al mismo tiempo que determinan las corrientes que irrigan i fecundan los valles costaneros, forman las vías, fortalecidas por adusta naturaleza, que unen la primera con .

segunda zona; i como esas quebradas que bajan al Pacífico se dilatan ó, mejor dicho, corresponden á otras quebradas que estribaciones semejantes á las anteriores forman en la rejión trasandina, he aquí como la misma cordillera une el territorio nacional hasta donde puede hacerlo la sola naturaleza. Al mismo tiempo esas cordilleras secundarias que se derivan de la gran cadena, vienen á ser como los contrafuertes que solidifican la estructura nacional, como los cien brazos con que se estrechan las tres zonas distintas que hemos enunciado.

El conocimiento perfecto de los pliegues i repliegues que forma la cordillera ó línea jeneral de unión con las líneas parciales ó cadenas secundarias; la importancia i condiciones militares de las vías á que dan acceso, lo mismo que la de los valles i poblaciones que éstas unen con sus producciones en los tres reinos de la naturaleza; he ahí lo que constituye la Jeografía Militar.

El estudio de esta ciencia ó mejor dicho su formación, se impone como principio de un Sistema Militar Nacional. Como que la Estrategia se basa en la Jeografía i en su derivada, la Topografía, se desenvuelve la táctica: la configuración jeneral de un país será la que determine la situación de los ejércitos, i su configuración parcial, es decir su topografía determinará la naturaleza de los elementos militares que necesita para su seguridad.

La guerra, inhumana i destructora, pone á tributo á todas las industrias, artes i ciencias que ejercen los hombres; y de las ciencias, como se ve, ninguna tan importante como la Jeografía. Casos habrá en que el conocimiento del país supla á todo otro. Tal sucede cuando la nacionalidad aún no está formada i por consiguiente tampoco los ejércitos: entonces, un puñado de patriotas se constituye en guerrilla; la naturaleza les dicta la táctica i la estrategia i su valor alcanza lo demás.

De las diferentes secciones territoriales que forman las vías que cortan la gran cordillera, es la

primera en importancia la que parte del Callao i va hasta el valle de Chanchamayo. La línea que resulta es de tan grande importancia en operaciones militares, que su ocupación ha sido objeto mui principal de los beligerantes en todas las guerras, nacionales ó civiles que hemos tenido. I la razón es bien sencilla: el que la ocupe será dueño de la capital de la República i habrá copado el Perú por su centro. Después, cuando el camino que hoi se abre paso para el Pichis sea un hecho, la vía esta habrá adquirido aún mayor importancia.

Dando ahora de mano á las consideraciones generales que, al mismo tiempo que de introducción han servido para exponer la importancia nacional de la vía en cuestión, miremos el asunto en su objeto directo.

II

IMPORTANCIA CAPITAL DE LA VÍA CENTRAL Ó SEA LA DEL PICHIS

La única vía en la actualidad hábil para Loreto, es la que, partiendo de la costa del departamento de la Libertad, va cruzando los departamentos de Cajamarca i Amazonas, pasando por sus respectivas capitales, hasta las riberas del Huallaga. Este camino, como línea de unión i comunicaciones de los tres departamentos mencionados con la parte setentrional de Loreto, es de suma importancia; pero como camino nacional, no resiste la competencia de la vía preconizada.

Hai que observar, ante todo, que la vía del N. está completamente descubierta en toda su extensión marítima; en seguida, está mui lejos de la línea de la capital, de suerte que un beligerante que posea el mar ó que ocupe uno ó dos departamentos ó simplemente algunas provincias, ha roto completa-

mente la comunicación con toda la rejión fluvial, cosa que hemos venido viendo siempre que ha ocurrido guerra nacional ó intestina; inconveniente capital que no afecta á la vía central, perfectamente cubierta i formando parte la más importante del sistemá jeográfico militar ó estratégico del Perú.

Si se observa, ahora, que la desembocadura del Pachitea en el Ucayali está situada en un punto medio de nuestra línea fronteriza oriental, i en que este punto coincide, aproximadamente, con el pasaje del Ucayali á los ríos Yurúa i Purús, ninguna opinión discrepará en conceder á esta línea de unión la importancia capital que la naturaleza le ha asignado.

La importancia, ó mejor dicho, la necesidad de esta vía central ó inmediata se hace más sensible si se trae á consideración los problemas que día á día van surgiendo en esas fronteras. Supongamos en remota hipótesis, que hubiera necesidad de asegurar nuestros derechos en el río Madre de Dios; bonita caravana harían tropas salidas de Lima por la vía del Norte!

Mirando ahora la cuestión bajo el punto de vista de las conveniencias de Loreto, se comprende que la vía existente bastara cuando el territorio poblado estaba circunscrito á Moyobamba, Alto i Bajo Amazonas, Huállaga i la parte occidental de la provincia de San Martín; pero desde que la parte alta de los ríos que por la margen derecha entran al Amazonas, se pueblan á la expansión industrial que van adquiriendo esas rejiones, hácese necesaria la apertura de una comunicación directa para ellas, cual es esta de la que tratamos.

Para el habitante de Masisea, situado á los 3° 40' lat. S., que quiera dirigirse al centro de la República, será la vía más conveniente la diagonal que

parte de la boca del Pachitea hasta Lima, i no la profunda curva que resulta por el camino del N.

Este camino del N. tiene otro inconveniente que llamaremos *idiosincrásico*, i es que, aparte de la naturaleza del terreno, hai la voluntad deliberada de una parte de los habitantes de Loreto para conservarlo en su aspereza primitiva. Este es un motivo que viene á sumar una más á las necesidades ya abundantes para abrir otras vías por donde no se encuentre más obstrucción que las del bosque, i no el del torpe espíritu que impidió, hace apenas dos años, la realización de un buen camino entre Moyobamba i Yurimaguas.

Pondremos fin á este capítulo comparando la extensión de Lima á Iquitos por uno i otro camino, haciéndolo por jornadas, que es lo más práctico.

VÍA DEL NORTE

De Lima á Pacasmayo.....	1 día
„ Pacasmayo á Yonán.....	1 „
„ Yonán á Cajamarca.....	3 „
„ Cajamarca á Celendín.....	2 „
„ Celendín á Balsas.....	1 „
„ Balsas á Tambo Viejo.....	1 „
„ Tambo Viejo á Leimebamba ...	1 „
„ Leimebamba á Chío.....	1 „
„ Chío á Chachapoyas.....	1 „
„ Chachapoyas á Molinopampa ..	1 „
„ Molinopampa á Almirante.....	1 „
„ Almirante á Pucatambo.....	1 „
„ Pucatambo á Rioja.....	1 „
„ Rioja á Moyobamba.....	1 „
„ Moyobamba á Balsapuerto.....	5 „
„ Balsapuerto á Yurimaguas.....	1 „
„ Yurimaguas á Iquitos.....	2 „

Total..... 25

Igual resultado se tendrá si a partir de Moyobamba se toma la vía de Tarapoto para descender por la corriente del Huallaga; pero se aumentará si se emprende la vía terrestre de Tarapoto á Yurimaguas.

Ahora, si se trata del regreso de Iquitos á Lima habrá que duplicar las jornadas correspondientes á la navegación fluvial de Iquitos á Yurimaguas i de éste á Balsapuerto, obteniéndose 29 días *útiles* para venir de Iquitos á Lima y 25 días *útiles* para ir de Lima á Iquitos.

VÍA CENTRAL

De Lima á la Oroya.....	1 día
„ Oroya á Tarma.....	1 „
„ Tarma á la Merced.....	2 „
„ La Merced á San Luis.....	1 „
„ San Luis á San Nicolás.....	2 „
„ San Nicolás á Puchaliñi.....	1 „
„ Puchaliñi á Bermúdez.....	3 „
„ Bermúdez al Pachitea.....	1 „
„ Pachitea á Masisea.....	2 „
„ Masisea á Iquitos.....	6 „
Total...	20 „

Si el Pichis fuera incapaz para la navegación en su parte superior, resultaría aumentada la vía terrestre i disminuida la fluvial, de suerte que la distancia en tiempo sería siempre idéntica.

Duplicando ahora para el viaje de regreso el número de días de navegación, tendremos 29 días, igual á los que se emplean por la otra vía.

Arroja la comparación una diferencia de 5 días en favor de la vía del Pichis en viaje de Lima á Iquitos, igualándose la distancia en tiempo en viaje de Iquitos á Lima.

Pero la ventaja inapreciable de la primera vía no consiste en la cantidad sino en la calidad. En

primer lugar, por el camino del Norte hai 21 días de camino terrestre, i sólo 11, casi la mitad, por el del centro.

Luego, en la parte terrestre de esta vía, con ser como se ve casi en un medio más corto, no hay nada comparable á la hondísima quebrada del Marañón, á la ruta prodijiosamente bárbara de Moyobamba á Balsapuerto.

Por la vía central, apenas, si el paso de la Oroya á Tarma puede compensar al de la Magdalena á Cajamarca, sin que tengan equivalentes las tres jalcas, Celendín, Callacalla i Pishco-guañuna, de la ruta del N.

En fin, si como unión de los puntos extremos resulta conveniente, es inapreciable para los lugares intermedios i para todo el Ucayali esta vía central; todos los puntos de este río, á medida que se va subiendo, van alejándose en sus medios de comunicación por la vía del N.; i viceversa, por la vía del centro van aproximándose; de manera que Masisea que por la vía del N. se encuentra á 35 días de Lima, por la vía del centro está á 17, esto es menos de la mitad. Con la apertura de esta vía, quedando subsistente la del N. para esa rejión, se ha abierto, pues, una vía militarmente más segura que esa, que puede ser cortada fácilmente, mientras que ésta sólo podrá ser interrumpida mediante la realización de un vasto plan de operaciones; con ella se habrá establecido la continuación del territorio nacional por el centro i se habrá puesto principio á un gran desarrollo comercial é industrial para la rejión fluvial i los departamentos andinos limítrofes.

III

LA VÍA DEL PICHIS COMPARADA CON LAS DE TAMBO I PALCAZU

Ha sido i aún es objeto de controversias la elección de la vía fluvial entre las tres rutas que se encaminan al Ucayali por el Centro; á saber: la ruta del Perené i Tambo, la del Pichis i la del Mairo i Palcazu; pero apesar de haber llegado hasta formar opinión, ninguna de sus rivales se sobrepuso á la del Pichis que ha sido la preferida por razones que resaltan en lo que vamos á exponer.

La primera causa determinante de estos caminos, no ha sido precisamente el deseo de encontrar comunicación con Loreto, sino el propio ensanche de la población de las serranías adyacentes, la ambición de poseer las riquezas que tanto prestigio han dado á las montañas.

El hecho de ser la de Chanchamayo la más próxima á la Capital, le valió la preferencia de ser explotada desde el tiempo de la dominación española; pero sólo después de muchas vicisitudes, á costa de esfuerzos, grandes sacrificios i hasta catástrofes, se pudo fundar sobre piedra segura el hoi próspero valle.

También los valles de las montañas de Huánuco despertaron gran interés i por algún tiempo nuestros Gobiernos le prestaron su apoyo más efectivo, estableciendo una colonia europea en el Pozuzo; pero la prueba de que este valle carece de las condiciones de vitalidad que tiene el de Chanchamayo, es que su prosperidad sólo duró mientras no le faltó el apoyo oficial, al contrario del otro que con sus esfuerzos i productos se ha abierto franco camino á la sierra i manda su café á todos los mercados del mundo.

Pero esto es por lo que dejamos dicho al princi-

pio: por su mayor proximidad. Mayor proximidad quiere decir más cerca, menos camino i menos trabajo. I esto hai que tomarlo en cuenta cuando se trata de la comunicación con los ríos navegables; de Lima á La Merced hai menos camino que de Lima á Huánuco, i en Huánuco todavía se está en plena serranía, i en La Merced ya se está en el centro de la montaña.

Una vez elejida la ruta de Chanchamayo, todavía hubo que escojer entre el Tambo i el Pichis. La primera, presenta, en comparación con su competidora, la desventaja de que prolonga estensamente la ruta, por la larga vuelta que describe, al contrario de la del Pichis que, continuado por el Pachitea, cruza por una diagonal que acorta considerablemente la comunicación con Iquitos.

Esta competencia prueba que hai relativa facilidad para abrir comunicaciones por la rejión central del Perú, i sin duda, que una vez abierta la mejor, que es la del Pichis, las otras vendrán á llenar las necesidades locales que las requieren.

La preferencia de la vía del Pichis quedó establecida desde que la Comisión Hidrográfica, presidida por el Almirante Tucker halló ser la mayor aproximación del Chanchamayo á la rejión fluvial, la línea comprendida entre La Merced i la boca del río Chivis ó Herre-Yacu, línea menor que un grado jeográfico, pero que es cierto que la naturaleza del terreno por lo menos duplica. Desde entónces quedó como convicción de verdad en la mente de todos los que se preocupan de estas cuestiones de alto interés nacional, ser esta la vía más directa para comunicar con los ríos navegables.

Pero los intereses erguidos en oposición á ella no inclinan la cabeza por más que ven á su competidora triunfante, i el camino del Pichis es juzgado por algunos como la realización de la más estupenda locura, i la navegabilidad del Pichis se niega con insistencia inapelable aunque se ha visto llegar

recientemente una lancha al puerto en él establecido.

De este conjunto de intereses en pugna ha resultado tal confusión de opiniones, que á la persona que no conoce esas rejiones, le es difícil formar ninguna de ellas. Esto sentado, vamos á emitir la nuestra, ó mejor dicho, vamos á informar sobre el conocimiento que el haber bajado dos veces por esa ruta nos ha procurado; bien que para algunos nada valga la opinión de quien no lleva un título de ciencia oficial, como si no existieran en el mundo de la verdadera ciencia contemporánea, un Lesseps, un Pasteur i un Edison que *sin título* llevaron á cabo obras las más portentosas de esta última mitad del siglo.

No se vaya á creer, ahora, que queremos ni siquiera comparar cosas tan alejadas en la ciencia como son tomar un sondeje i fabricar un canal, entre dos oceanos, lo que sería querer compararnos á esos preclaros varones, pretensión que aún no ha tenido nuestra vanidad.

IV

NUESTRA OBSERVACIÓN. -- OPINIONES SOBRE EL PICHIS

La primera vez que recorrimos esta ruta del Pichis, lo hicimos con la expedición del ingeniero D. Carlos Pérez el año 1892; la segunda, desempeñando una comisión de la División Jessup el pasado año de 1896. En ambas ocasiones hicimos las observaciones jenerales que nos era dable practicar al paso, pero las dos veces, el Pachitea arrebató nuestros apuntes, teniéndonos que atener á la fidelidad de la memoria.

La primera exploración del Pichis fué realizada el año 1872 por el Almirante Tucker; se hizo en ca-

noas, i del dictamen de ese Almirante resulta que el río es navegable hasta el Chivis por vapores, ó mejor dicho, por lanchas á vapor fabricadas *ad hoc*. La segunda exploración fué llevada á cabo el año 1889, por la subcomisión presidida por el ingeniero Wolf, quien expresa también una opinión favorable. La tercera, practicada por el comisionado ingeniero D. Carlos A. Pérez, abunda en la opinión arriba expresada.

Nosotros fuimos con esta última comisión, i el año pasado, como ya lo hemos dicho, volvimos á recorrer la misma ruta; las dos veces hemos navegado el Pichis en igual época del año, obteniendo distinto resultado en uno que en otro viaje nuestras observaciones.

En efecto, el año 1892 juzgamos lo mismo que asienta el ingeniero Pérez en su informe: que el Pichis era francamente navegable desde el Chivis; pero la navegación hecha en sus aguas el año pasado, restringe nuestra opinión, siendo ahora para nosotros dudoso el que *todo el río* sea navegable en *toda época* del año. Esta rectificación parcial de nuestra primera opinión se funda en que la última vez hemos encontrado obstáculos que no hubieron la primera.

El hecho que causa esta diverjencia de nuestras propias opiniones, tiene una explicación que no hai necesidad de profundizar ciencia para encontrar. Del informe del ingeniero Pérez se deduce, que cuando penetró á las aguas del río Pichis, éste estaba crecido por una fuerte avenida del Nazareteque. En la narración de ese viaje, hecha por el que esto escribe, consta también que, precisamente la noche del día que pasamos por el Chivis, la creciente fué tan sería que nos puso en grandísimos apuros por habernos arrebatado las balsas en que navegábamos.

Al realizar nuestra comisión el año pasado, nos aconteció en el Pichis varias veces que la canoa er que iba tocaba fondo, no encontrando paso para ur

calado menor que un pié: ¿debe deducirse de aquí que el Pichis no es navegable en esta época del año sino hasta el Apurucayali ó mui poco más arriba? No nos atreveremos nosotros á afirmar esta deducción, porque como no teníamos interés alguno en buscar canal, dada la lijereza i escaso calado de nuestra embarcación, tomábamos jeneralmente la línea más corta, que es la cuerda de los arcos que en sus vueltas forma el río, i como es un hecho quizá sin excepción, que el canal describe el seno, bien puede decirse que espresamente tomábamos la parte de menos fondo para navegar.

El no haber encontrado estos obstáculos el año 92 fué debido á la creciente parcial que experimentamos, la que aumentando el caudal de agua, tenía que dar más capacidad navegable en toda la extensión del ancho.

Por lo demás, el Pichis es un río que si presenta dificultades que harán su navegación laboriosa, no ofrece peligros. Mucho más cuidado debe observarse en la navegación del Pachitea; los tres malos pasos que bajando se encuentran i que en el mismo orden van siendo peores: Llulla Pichis, Súngaro Yacu i Baños, son, en tiempo de vaciante, bastante sérios; si el primero i el segundo requieren cuidado, presentan bastante espacio para evitar el lugar peligroso que es el del oleaje; más el último, ofreciendo un pasaje mui estrecho, pide grandísimo cuidado, pues la lancha á vapor que fuera dominada por la corriente, sería irremisiblemente apachurrada contra la orilla izquierda sembrada de amenazadoras rocas.

Tal es para nosotros la vía del Pichis, tales las observaciones que mui de pasada hicimos i que suscitadamente hemos narrado.

V

NOTAS SUELTAS

Alguna circunstancia de poco interés para referida, hizo que desde mui temprano llamara nuestra atención esta vía del Pichis, de manera que podemos decir que nuestras ideas respecto á ella han crecido i madurado con nuestro pensamiento. En 1892 hicimos un primer viaje por esa vía. Sin duda que el jefe de la expedición en que íbamos, no se imaginaba que el último de ellos, bajo su humilde incógnito, era el que con más interés i más profundamente estudiaba esa rejión; pues el ingeniero se limitaría á ciertas observaciones matemáticas, siendo para nosotros demás saber los metros que mida cada vuelta del río, ó que éste cuente 50 ó 60 millas de longitud.

Cuando el suceso de Iquitos hizo temer una desmembración nacional, nosotros estábamos en aptitud de prestar un positivo servicio al país; i siempre será objeto de nuestro más grato recuerdo el que el hombre (1) á quien debe la nación una iniciativa de grandioso futuro, nos hiciese el honor de querer ejercitar esa nuestra aptitud; mas, por miserias humanas no nos fué dado concurrir (2), indirectamente, á la organización de las expediciones militares que ese suceso hizo necesario. Muchas veces el dictámen del que menos se piensa es el más conveniente, i á oírse el nuestro, quizá esas expediciones hubieran revestido un carácter más

(1) El Doctor Capelo.

(2) Con este fin nos dirigimos al entonces Ministro de la Guerra poniendo nuestros conocimientos de esa rejión i nuestra cooperación; sin que nuestras bien intencionadas instancias merecieran ninguna acogida. Ciertó que, posteriormente fuimos agregados á la expedición del Centro; pero ni la aptitud personal se puede ejercer arbitrariamente, ni se está obligado á lo mismo como subalterno como jefe.

compatible con el fin á que se encaminaban, i hubieran tenido un alcance mucho más durable; tanto, que pudo ser la partida hacia una verdadera nueva época. época que hoy vemos algo relegada al futuro; hubieran dejado en el ánimo de los loretanos la saludable convicción de que no están libres de la acción militar del Gobierno, como ellas se lo han hecho creer, con razón; i, el todo hubiera sido una digna coronación del esfuerzo patriótico i viril del Gobierno.....

En fin, á este suceso debimos el completar nuestro conocimiento de esa rejión, hasta formarnos un concepto exacto de sus necesidades i medios de desarrollo; concepto del que por ahora sólo emitiremos unas pocas ideas.

La parte oriental de la República, cuya metrópoli es Iquitos, se ha desarrollado gracias á la eficaz protección oficial de los Gobiernos que en esto dieron crédito de notable previsión. Por obra de esa protección, que consistió primero en exonerar al comercio de todo impuesto, i después en someterlo á una tarifa mui inferior á la brasileña i á la que rije en la costa, se formó en Iquitos algo como una ejemonía económica, i ello ha sido el medio eficaz para conservar, á pesar de las vicitudes nacionales, libres de la influencia absorbente del Brasil á esos territorios. Mas, de algún tiempo á esta parte, parece que se realizara una diversión en el criterio de nuestros estadistas, lo que puede ser camino para alejar más i más á los habitantes de Loreto del afecto á nuestra bandera.

Sébase que la unificación fiscal ó aduanera, ó más bien, la sumisión de la ejemonía económica allá creada con tan saludables fines, al sistema del Pacífico, no es posible, no tiene razón de ser, más aún, sería peligroso. Más factible es que el Oriente someta al occidente que éste á aquél; pues siendo el determinante el comercio de Ultramar, claro se vé, que llegará un día en el porvenir en que los

ríos sean las vías económicas de la sierra. Finalmente, es preciso que se sepa, que un fiscalismo opresor destruiría la ejemonía económica fluvial, pero sólo en favor del sistema brasileiro que lo absorbería inmediatamente.

No se crea que con la actual vía del Pichis, se va á establecer inmediatamente la corriente mercantil entre la sierra i los ríos. No dudamos de que la primera encierra un gran potencial; pero por razones que sería largo explicar, pasarán muchos años para que las papas i quesos de Junín desalojen á los similares europeos de los ríos. Débese, pues, considerar por ahora esta vía del Pichis, como una vía oficial, un camino militar, del que el buen acierto administrativo hará la gran vía nacional, ó el desierto lo conservará como cordón umbilical hasta que éste se rompa i....

El Pichis i el Pachitea encierran caucho i éste, será un estímulo poderoso para que se pretendan con ahinco los puestos de autoridad en esos ríos, con la seguridad de que comisarios, gobernadores, capitanes de puerto ú otros con ejercicio de tal, adquirirán fortuna casi improvisada, como hoy sucede en otras partes de nuestro territorio oriental. No negamos á nadie el derecho de enriquecerse lícitamente, con tanta mayor razón, cuanto que estamos convencidos de que la riqueza de los individuos, enriquece á su vez á la nación; pero aquí donde tan codiciado es el fruto vedado *de la rebusca*, es preciso decir, que si en todas partes son malos los *latrofuncionarios*, allá la mala autoridad significa la esclavitud del hombre, especialmente del salvaje, el monopolio ejercido al amparo de esa autoridad, i, en fin, retardo de la civilización por medio de los mismos que debieran ser sus agentes.

El Pichis, i más principalmente el Pachitea, están llamados á ser el eslabón de unión entre el Perú oriental i occidental: las elevadas orillas del segundo de estos ríos están convidando á la inmigración; ¿cómo vendrá ésta? Desde luego diremos qu

colonizar en el Perú, i principalmente en la rejión oriental, es *más difícil* que colonizar en cualquiera otra parte; porque es más costoso (por ejemplo que al Brasil ó la Argentina) el transporte, i porque aún no se ha encontrado la industria de *poco costo, pronta explotación i seguro provecho* que favorezca esa inmigración. ¿Existe esa industria? SI.

VI

COMUNICACIÓN I POLICÍA FLUVIAL

(Reproducimos a continuación ampliado, el folleto que há poco más de un año publicamos. El proyecto que contiene, creemos que es uno de los más convenientes en la actualidad.)

Si es preciso siempre que las diferentes partes que constituyen una nacionalidad estén íntimamente unidas aunque no sea más que por necesidades inherentes al progreso de los pueblos, hoy es necesidad urgente é inaplazable procurar la más estrecha unión de nuestras rejiones orientales con el resto de la República, con lazos que establezcan una solidaridad difícil de interrumpir.

Desde que varias naciones pretenden arrebatar-nos lo que lejitimamente nos pertenece, alguna con exigencias que hacen sospechar intenciones poco tranquilizadoras; desde que un Seminario i un Maudueño han contagiado á Loreto con la *peste*, ya casi extinguida en el resto de la República, de las revoluciones, esa necesidad reviste el carácter de una obligación para el Gobierno, derivándose de aquí el deber de contribuir, todo el que se crea con luces para ello, á ese fin eminentemente nacional.

Por eso nos hemos propuesto publicar la serie de ideas que el conocimiento de esa rejión nos sujere en cuanto convenga á la necesidad enunciada. Hoy

nos ocuparemos de un plan de comunicación postal i del establecimiento de una policía fluvial en el río Ucayali, (el mismo que puede servir de modelo para los otros ríos) de acuerdo con otro plan sistemado de ocupación militar de esas rejiones.

Si los gobiernos que rijeron los destinos del Perú en una fecha anterior á 20 años á la actual, hubieran tenido conciencia de esta necesidad, la unión, la cohesión porque la que hoy se trabaja con tantos esfuerzos, se hubiera realizado con relativa facilidad. Con un fisco rico, con una escuadrilla fluvial suficiente para el caso, i sin las airadas pretensiones que hoy subleva cualquier medida de nuestro Gobierno al respecto, lo repetimos, con poco esfuerzo se hubiera hecho lo que hoy se está realizando con patriótica perseverancia, casi con verdadero sacrificio. Bien hace el actual Gobierno en acometer la tarea que otros no quisieron emprender; bien hace apesar de la *politiquería* de los que quisieran que el dinero de la nación sirviera sólo para alimentar parásitos: mucho se gastará; obstáculos muchos se encontrarán; pero una vez sobrepujados, recibirá como premio la gratitud de los pueblos que tendrán abierto un campo de progreso tan vasto, que varias jeneraciones se enriquecerán con los frutos de la semilla que hoy se siembra.

Más de veinte años há que fué anunciada como la vía más conveniente para comunicar la Capital de la República con la región fluvial de Loreto, la que partiendo del Callao i pasando por Lima, Tarma i el valle de Chanchamayo, vá á dar al río Pichis; sin embargo ¡cuánto se ha necesitado para disipar las nubes que egoistas intereses amontonaban para evitar el que se abriera el seno de esos bosques i dar paso al progreso i al espíritu nacional! Pero el siniestro prestigio ha caído desde que Jessup i Capelo, con enerjía i constancia imperturbables, llevaron una expedición militar, provista hasta de artillería, i las piezas de las lanchas

que surcarán los grandes ríos imponiendo respeto á nuestra bandera, á las mismas orillas del Pichis. La batalla más difícil, la decisiva de la campaña está ganada; lo que falta es cuestión de detalle.

Lo que falta casi se reduce á saber si la parte alta del río Pichis es navegable por embarcaciones á vapor en tiempo de vaciante. Suponiendo el resultado más desfavorable, que no lo sea, el hecho no implicará, como algunos parecen desearlo, la impracticabilidad de esa vía: todo se reducirá á la prolongación en unas pocas leguas más de la vía terrestre. I con todo eso resultará una vía terrestre mucho más corta, i esta es una gran ventaja, que cualquiera otra que conduzca á la rejión fluvial. Ahora, dejando para la parte que trate del Sistema Militar el examen de las otras conveniencias que esta vía ofrece, vamos á ocuparnos del proyecto de Comunicación Postal y de Policía fluvial.

Partiendo del principio de que el Pichis sea francamente navegable desde Puerto Bermúdez, se establecerá una serie de escalas como ésta:

1.º - Puerto Bermúdez. 2.º - Un punto intermedio entre el anterior i el que sigue. 3.º - Puerto Piérola (confluencias del Pichis con el Palcazu ó sea origen del Pachitea, donde existe una colonia de ambinos.). 4.º - Un punto intermedio entre el anterior i Baños. 5.º - Baños. 6.º - Masisea (río Ucayali.) 7.º - Puca Allpa. 8.º - San Jerónimo. 9.º - Cunchamaya. 10.º - Contamana. 11.º - Sarayacu. 12.º - Un punto medio entre éste i Santa Teresa. 13.º - Santa Teresa. 14.º - Nauta, i 15.º i último Iquitos.

Esta línea de escalas conviene á la necesidad de proveerse de combustibles las embarcaciones i á la comunicación que necesitan los principales centros poblados del Ucayali. En todos ellos se establecerán estaciones ú oficinas postales, cuya organización será asunto de la Dirección del Ramo.

Pero entre estas estaciones, sobre todo en el río Ucayali, hai centenares de *Puestos* cuyas necesidades de comunicación i seguridad son mui atendibles; más las lanchas-correos i de policía, no pueden sin gran desperdicio de tiempo, ir recorriendo, uno por uno, abordando a 500 ó más puertos ¿cómo pues, atenderlos? Hé aquí nuestra idea al respecto.

Cada lancha llevará siempre al tope durante el día una insignia que anuncie su calidad i en la noche una luz de color convenido; de suerte que los ribereños de los ríos la reconozcan al divisarla; esto por una parte; por otra, la Oficina que el Gobierno juzgue conveniente en Iquitos, pondrá á disposición del público, por un valor conveniente, una bandera i un fanal de señales que servirán para anunciar que se necesitan los servicios del correo. Así, pues, la persona que habite en las márgenes del Ucayali, i que necesite remitir correspondencia, no tendrá que hacer más que ponerse en observación los días en que, según su itinerario deba pasar el correo por su *puerto*; tan luego como éste se aviste elevará su señal, al ver la cual se aproximará i se detendrá aguantándose sobre la máquina los momentos necesarios para que la correspondencia le sea entregada al conductor de ella.

Como se desprende de lo que dejamos dicho, esas lanchas serán exclusivamente de correos i seguridad, esto es de policía, i como naturalmente es un servicio costoso, acaso sea preciso elevar para esas rejiones la tarifa postal. No sería demasiado cobrar por carta cuyo porte ordinario es 0.05, 0.10, siempre que sea destinada á un punto de escala del correo; es decir, en una palabra, duplicar la tarifa vijente. Mas para los puntos que están fuera de escala, habría que formarse otra tarifa, pues este sería un servicio extraordinario que favorecería a los interesados con una gran economía de tiempo, cual es el que emplearía en remitir su correspondencia al punto de escala inmediato, que bien puede estar á dos ó tres días de distancia en canoa, i

otra gran economía, tambien de dinero representado por el jornal de los bogas de la canoa.

Sentado lo anterior, debe establecerse una tarifa adicional en este orden:

Por comunicaciones dirigidas de un punto de escala á otro que no lo sea i viceversa.

Por comunicaciones de un punto fuera de escala á otro también fuera de escala.

Para éstos debe establecerse una tasa postal que sustituya con ventaja para el morador de las riberas de los ríos el gasto mui crecido, como ya se ha expresado, que tendría que hacer para comunicarse por medio de los puertos de escala; i al mismo tiempo que indemnice al fisco del gasto que este servicio ocasione.

O bien puede establecerse, que á más del porte usual de la correspondencia, por cada parada en los puertos de escala, estará obligado el dueño de él ó el que verifique la detención del correo, á satisfacer un derecho, cuyo importe se fijará al establecer este servicio.

A nuestro paso por el Ucayali, hace algunos meses, la jente nos expresaba cuánto era su vehemente deseo i su necesidad á este respecto, manifestándonos que estarían resueltos á satisfacerlo cualquiera que fuera el porte postal que se estableciera.

Respecto al servicio de *policía fluvial*, como está íntimamente ligado al militar que hemos dejado para tratar con más detención, por ahora sólo nos limitaremos á lo que puede llamarse *policía volante*.

Esta será ejercida por las mismas lanchas-correos, cuyos tripulantes pertenecerán á uno de los cuerpos de la *Guardia fluvial*.

El modo como ha de usarse por el público de este servicio, es análogo al que se ha indicado para el de correos. La autoridad competente designará una insignia ó señal, que consistirá en una bandera i en un farol, para ser enarbolados en el día la una, el otro en la noche, donde hubiera necesidad del auxilio de la policía. Al verla la lancha abordará

al lugar de la demanda á prestar el auxilio que puede consistir en apresar algún criminal ó bien en recibir la noticia de algún crimen cometido en él, i tomar las medidas conducentes á la captura de los fautores. Excusado es decir que este servicio sería gratuito.

Establecidos los dos servicios de que tan lijera-mente nos hemos ocupado, el Gobierno habrá hecho un beneficio de tal magnitud á esas rejiones, que con ellos habrá reconquistado mucho del prestigio que han hecho perder *los rebuscadores* que allá suelen ir como autoridades.

Para concluir, diremos que las lanchas que establezcan los servicios que hemos iniciado, no deben formar una línea continua, sino que deben formar dos ó más líneas escalonadas que conecten en fechas aproximadas. Esto obedece primero, á que no todas las lanchas que se destinen á estos servicios pueden ser apropósito para recorrer todos los ríos i pasos difíciles del tránsito, i segundo, á conveniencias de otro orden, que expresaremos en el plan de expansión militar.

Por último, la línea de escalas que damos al principio, puede ser alterada aumentando su número: con ella sólo hemos propuesto el número menor de escalas que son necesarias, tanto para las necesidades de las embarcaciones, cuanto para el servicio del público.

No nos ocupamos aquí del Alto Ucayali, por ser esta parte del gran río aún poco poblada: el que no hagamos mención de ella no implica sino que la comunicación de esa sección no responde tanto á conveniencias comerciales, como á otras de que trataremos después.

VII

GUARDIA FLUVIAL

Bien, pues, ya dijimos que la no navegación en toda época de toda la parte alta del río Pichis, no implica la inconveniencia de esta línea de comunicación con todo nuestro *gran oriente*: vamos, ahora, en esta convicción á trazar nuestro plan de ocupación de la gran línea de expansión, que es el Ucayali, i de la de unión, esto es, el Pichis i el Pachitea; plan que se puede expresar en pocas palabras.

No se espere que propongamos una invasión de batallones i cañones: nuestra ocupación se realizará por compañías ó *columnas* que se denominarán *guardia fluvial* ó cualesquiera otra cosa, que se establecerán en ciertos lugares con el fin de establecer población agrícola é industrial, i que estarán obligados al servicio que se designará i sujetos á la disciplina. De modo, pues, que no irán á pesar sobre esa rejión como tropas que solo tienen que atender al ejercicio de las armas.

Esta ocupación militar ha de ser consiguiente al establecimiento de la navegación oficial, i una i otra están íntimamente enlazadas en un solo todo; de suerte que suprimida la una hai que prescindir de la otra. Por esto comenzaremos por precisar cuales deben ser las líneas de lanchas á vapor que, limitándose unas á otras, deben servir de eslabones de unión.

Ante todo diremos por qué deben ser líneas sucesivas i no una línea continua, cuyas razones hemos expuesto anteriormente. La primera es la capacidad navegable de los ríos: el Pichis tiene menos capacidad que el Pachitea i éste menos que el Ucayali. De manera, pues, que necesitándose embarcaciones de capacidad relativa, hai que adaptar á cada río la que le convenga. Es cierto que lanchas capaces de navegar el Pichis, lo son con mayor ra-

zón en el Ucayali; pero las necesidades del tráfico, siendo más en el último, se requieren para él embarcaciones de mayor porte i calado, circunstancia esta última que las hace inadaptables al primero de los ríos. El medio de alcanzar un fin á todos conveniente, será, pues, establecer dos ó tres líneas coincidentes, correspondiendo á las enunciadas necesidades: exigencias del tráfico i capacidad navegable del río en que esté situada.

La segunda razón es de seguridad de orden interno, i agotando la hipótesis del peligro, hasta de seguridad nacional. Sabido es que la cabecera de los ríos (navegables) es posición dominante con respecto á su curso aguas abajo: esta sería una manera de mantener en esa posición dominante una parte de la flotilla fluvial, lo que, á su vez, constituiría una garantía de orden interior ó de seguridad de nuestras fronteras, por cuanto no sería posible privar al Estado por un solo golpe de mano realizado en un solo lugar, de todos los elementos militares que el Gobierno tenga allá.

Las líneas sucesivas de la vía del Pichis, deben ser tres, en este orden: 1.ª del puerto del Pichis á Baños; 2.ª, de aquí á Masisea; i la 3.ª de éste á Iquitos. La división en el punto de Baños obedece á que éste es un lugar cuyo paso encierra algún peligro, habiendo aún quien opine que es insuperable en tiempo de vaciante; siendo así, el inconveniente se salvaría con esta división. No existiendo el obstáculo, las dos primeras líneas podrían reducirse á una. Otra línea correría de Masisea al Alto Ucayali, hasta alcanzar el varadero de Mishagua, es decir, el paso firme al Madre de Dios, estableciendo el contacto con esa rejión hoi objeto de controversia internacional.

El proyecto cuya teoría acabamos de hacer, sería modificado en la práctica probablemente: sólo hemos indicado lo que juzgamos en la actualidad más conveniente.

Correspondiendo al anterior plan, se establece:

rían las guarniciones-colonias, ó sea la guardia fluvial; dichas guarniciones ocuparían, á partir del puerto del Pichis, un punto por designar entre él i Piérola, éste, Sungaru-Yacu i Baños. El primero de los dos últimos, es un punto por el que, en el espacio de una milla desembocan dos ríos, el Serrami-Yacu primero, por la derecha i el que le dá nombre por la izquierda; i como los ríos son vías, ó como ha dicho alguien, *caminos que andan*, los citados darían expansión á la colonia allí situada. El río de Baños que dá tambien su nombre al paso, proporcionaría una ventaja análoga. Pero no es por esto sólo por lo que esas estaciones convienen, sino porque su establecimiento dará seguridad á los malos pasos que sus nombres designan.

La organización de esas columnas, diferirían de la de los cuerpos exclusivamente de armas, en cuanto á que su objeto es más complejo: 1.º formar núcleos de poblaciones al amparo de la fuerza militar que las aseguren contra cualquiera contingencia; i 2.º proveer de tripulación á la flotilla fluvial. Para estos dos objetos militares de su institución estarán, pues, sometidas á la subordinación i obediencia que imponen la disciplina, lo mismo que al ejercicio de las armas, á practicar una táctica especial de montaña. Para su objeto civil, esa disciplina bien observada por los que mandan i por los que obedecen, será por demás útil.

El Gobierno, á más de la retribución usual por sus servicios militares, cedería á cada individuo un lote de tierra i fomentaría su industria adquiriendo de ellos el combustible i los víveres necesarios á las embarcaciones.

Finalmente, se tomaría como unidad el triple del número de tripulantes que ocuparan las lanchas á vapor, á fin de que dichas tripulaciones se renovaran periódicamente; con lo que, mientras una parte estuviera embarcada, las otras dos se entregarían á sus tareas colonizadoras, i se evitaría el hábito que causa la inmovilidad.

CONCLUSIÓN

La obra de progreso i patriotismo emprendida por el Presidente Bermúdez i proseguida con perseverancia por el actual, coronará pronto los sacrificios que la nación ha realizado, colmará las esperanzas tantas veces desvanecidas i otras tantas reanimadas, i pondrá fin á la larga expectativa en que, por largos años, ha tenido atenta á la opinión: entonces, como ya lo hemos dicho, si un verdadero espíritu de progreso inspira á los Gobiernos i á la jeneración actual, se habrá puesto la primera piedra de nuestra futura grandeza; si no.... sólo habrá sido un gasto vano i agotador de la fuerza de la nación, no se habrá hecho sino malgastar la enerjía i lá ciencia de nuestros ingenieros.



INDICE

LAS MARIPOSAS BLANCAS

EPISODIOS DE LA EXPEDICIÓN A IQUITOS

	Págs.
I.—Una pareja de salvajes	4
II.—El huerto de la muerte	8
III.—Viaje anfibio	12
IV.—Salvajes i civilizados	17
V.—Los vaticinios	23
VI.—El tunche	27
VII.—El desastre.....	34
VIII.—Noche triste i viaje rápido	39

LA VÍA CENTRAL I LAS CUESTIONES DE ORIENTE

I.—Las vías de Loreto en relación con el sistema jeneral del Perú	45
II.—Importancia capital de la vía central, ó sea la del Pichis	48
III.—La vía del Pichis comparada con las del Tambo i Palcazú	53
IV.—Nuestra observación — Opiniones sobre el Pichis	55
V.—Notas sueltas.....	58
VI.—Comunicación i policía fluvial	61
VII.—Guardia fluvial	67
Conclusión	70





**GENERAL LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA—BERKELEY
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED**

**This book is due on the last date stamped below, or on the
date to which renewed.**

Renewed books are subject to immediate recall.

3 Jan 55 SKZ

DEC 12 1954 LU
SENT ON ILL

JUL 11 2001

U. C. BERKELEY

GAYLORD

BROS., INC.

Manufacturers

Syracuse, N. Y.

Stockton, Calif.

